

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

LA TRANSMISIÓN DEL CARISMA A LOS LAICOS

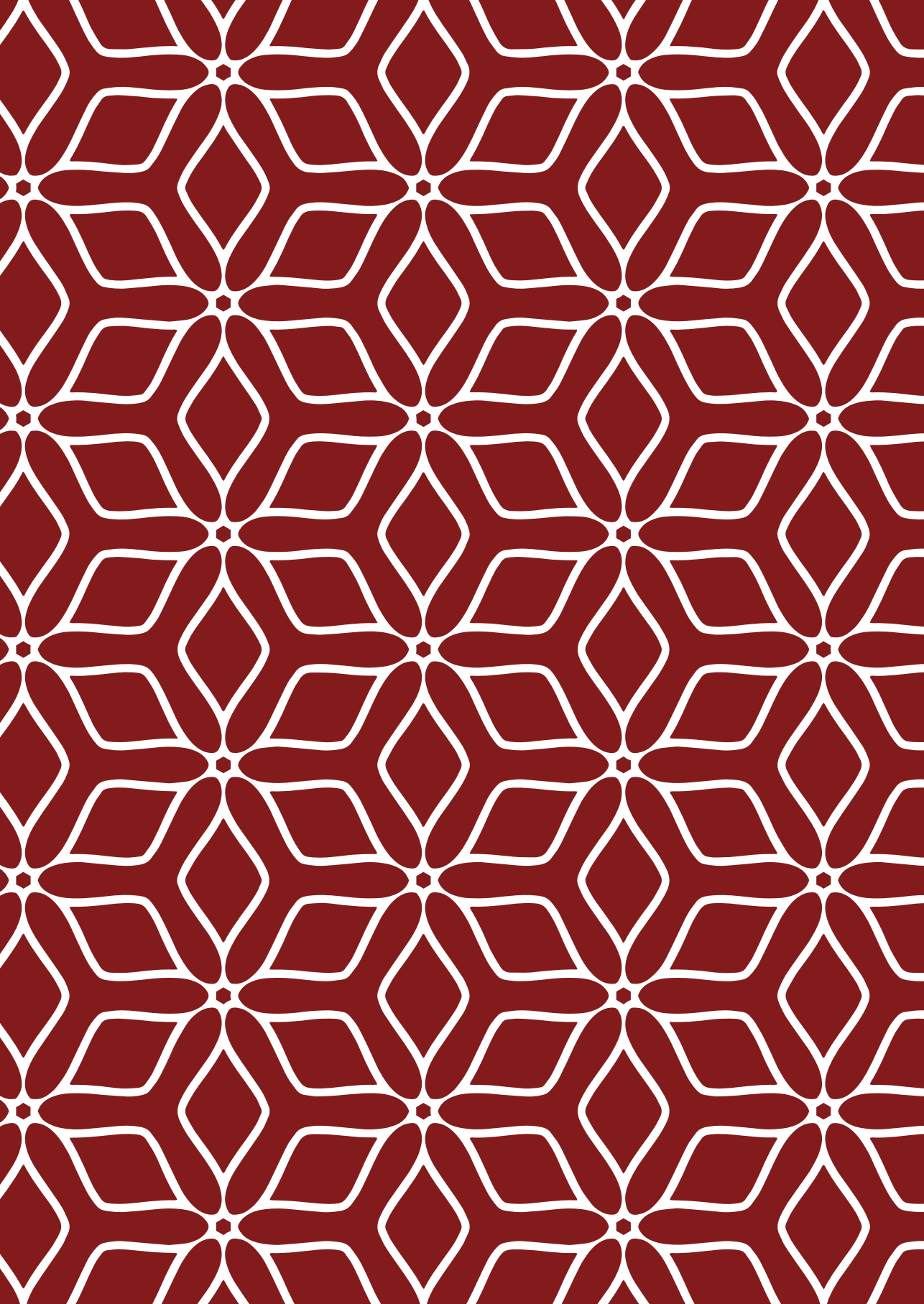
AUTOR

ANTONIO BOTANA, FSC

La  Salle

CUADERNOS MEL

58



La transmisión del carisma a los laicos

ANTONIO BOTANA, FSC



**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

CUADERNOS MEL N.º 58 - Septiembre 2023
Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
Secretariado de Asociación y Misión

Autor:
Antonio Botana FSC

Coordinación Editorial:
Sra. Ilaria Iadeluca - Hno. Alexander González FSC
comunicazione@lasalle.org

Maquetación: Sra. Giulia Giannarini
ggiannarini@lasalle.org

Servicio de Comunicación y Tecnología
Casa Generalicia, Roma, Italia

*** Esta obra ha sido publicada previamente en el idioma español en:
Frontera – Hegian. Cuadernos de Formación Permanente para
Religiosos. 118. Vol. 4- 2022**



Índice

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	10
PRIMERA PARTE	
UNA VIDA RELIGIOSA CAPAZ DE ENGENDRAR NUEVA VIDA	13
Nuestro filtro de lectura: El primer Isaías (Is 1 a 39)	14
1. Esperanza en la experiencia de reducción <i>Este tronco será semilla santa</i> (Is 6,13)	16
2. La propuesta es: avivar la vocación <i>«Aquí estoy yo, envíame»</i> (Is 6,8)	19
3. ¿Qué necesita este pueblo? <i>Este es el camino, seguidlo</i> (Is 30,21)	21
4. Pidamos abrir los ojos <i>«Pide al Señor tu Dios una señal»</i> (Is 7,11)	24
5. Atreverse a reconocer las señales <i>«El Señor mismo os dará una señal»</i> (Is 7,14)	26
6. Llamados a convertirnos en raíces <i>Tus muertos revivirán</i> (Is 26,19)	28

7. Los dones que nos abren a la vida	30
<i>Sobre él reposará el espíritu del Señor (Is 11,2)</i>	
a) La experiencia de la comunión	31
b) El don del carisma	32
8. Nuestros carismas se han hecho ríos	34
<i>El páramo se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantial (Is 35,7)</i>	

SEGUNDA PARTE

UNA VIDA RELIGIOSA MEDIADORA DEL ESPÍRITU	38
Nuestro filtro de lectura: el segundo Isaías (Is 40 a 55)	
1. Salir de la autorreferencialidad	41
<i>Preparad en el desierto un camino al Señor (Is 40,3)</i>	
2. Un nuevo paradigma fundamenta nuestra mediación	43
<i>No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo (Is 43,18)</i>	
3. Refundarse en el carisma	45
<i>Mirad la roca de la que fuisteis tallados (Is 51,1)</i>	
4. En la vulnerabilidad de una relación fraterna	49
<i>...Para que sepa sostener con mi palabra al abatido (Is 50,4)</i>	
5. La transmisión del carisma	51
<i>He puesto sobre él mi espíritu (Is 42,1)</i>	
5.1. La experiencia del Espíritu	51

5.2. ¿Qué papel juega la figura de los Fundadores en la transmisión del carisma a los laicos?	53
6. Proponer una actitud vocacional	55
<i>Prestad atención, venid a mí; escuchadme y viviréis (Is 55,3)</i>	
7. Procesos de cambio	58
<i>Ensancha el espacio de tu tienda (Is 54,2)</i>	
7.1. Procesos para hacer camino, paso a paso	58
7.2. Tres corrientes dinámicas	60
7.3. ¿Cómo abordar las decepciones en el camino?	63
8. La transmisión del carisma a los no-cristianos	64
<i>Yo en persona le hablé y lo llamé (Is 48,15)</i>	
9. Un seno para engendrar: la comunidad	68
<i>Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando (Is 43,19)</i>	

TERCERA PARTE

UNA NUEVA FAMILIA QUE ACOGE A LA VIDA CONSAGRADA	72
Nuestro filtro de lectura: El tercer Isaías (Is 56-66)	73
1. Una nueva criatura: la Familia carismática	75
<i>Edificarás sobre los antiguos cimientos (Is 58,12)</i>	
1.1. Cambio de protagonismo	75
1.2. Familia Carismática y Familia Eclesial	79
2. Los nuevos portadores del carisma	81
<i>El Espíritu del Señor está sobre mí (Is 61,1)</i>	

3. La vuelta a las periferias, fuente de vida	85
... <i>Para dar la buena nueva a los pobres...</i> (Is 61,1b)	
4. El reto de innovar la comunión	89
<i>Traerán de todos los pueblos ... a todos vuestros hermanos</i> (Is 66,20)	
4.1. Dinamismo de comunión	89
4.2. Comunidades intencionales	91
4.3. La participación en la Familia carismática	95
5. Un proyecto de espiritualidad para el mundo	97
<i>Sobre tus murallas, Jerusalén, emplazo centinelas; ni de día ni de noche callarán</i> (Is 62,6)	
6. El futuro de las Familias carismáticas	100
<i>Todos se reúnen y vienen a ti</i> (Is 60,4)	
6.1. “Abrazar el futuro con esperanza”	100
6.2. Hijas de la Iglesia-Comunión	102
6.3. La animación corresponsable de la Familia	103
6.4. Una Familia carismática capaz de regenerar la vida consagrada en su interior	107
BIBLIOGRAFÍA	111

PRÓLOGO

Posiblemente ustedes hayan oído hablar del Hno. Antonio Botana, seguramente han leído alguno de sus escritos o escuchado alguna de sus charlas. Él es autor de varias publicaciones lasalianas traducidas y difundidas por todo el mundo lasaliano. Por citar las más significativas: “Asociación Lasaliana: el relato continúa” (2000, cuaderno MEL n° 2)¹, “Vocabulario temático de la Asociación lasaliana” (2008, Ensayos Lasalianos n° 3), “Bases para un modelo actual de Familia Lasaliana” (2008, Ensayos Lasalianos n° 4) y otros escritos como “El relato de la espiritualidad lasaliana” (2013)² y “Un camino de oración guiados por J. B. de La Salle” (2016)³.

Desde hace muchos años el Hno. Antonio acompaña la formación en misión compartida de muchas congregaciones en el ámbito de habla hispana. Ha participado recientemente como ponente en los Encuentros de Familias Carismáticas que tienen lugar en nuestra Casa Generalicia de Roma... y acaba de publicar en una revista española de Vida Religiosa un texto muy interesante que ahora deseamos poner en sus manos.

El escrito que van a leer está dirigido a las congregaciones y familias carismáticas en general. Por eso mismo, hemos pensado que este enfoque eclesial, ofrecido a todas las congregaciones religiosas, puede ayudarnos también a los lasalianos a valorar los caminos de misión compartida y asociación, sinodalidad, que nosotros mismos venimos recorriendo desde hace muchos años.

Hemos respetado el texto original de la publicación, dirigido tanto a los miembros religiosos como a los laicos comprometidos que están construyendo las respectivas familias carismáticas. A través de los textos del profeta Isaías el autor nos conduce, nos envuelve, en su reflexión. Al final de cada tema nos ofrece unas “Pistas para la reflexión personal y comunitaria” que

1 Los cuadernos MEL los puede encontrar en <https://www.lasalle.org/publicaciones/cuadernos-mel/>

2 Recensión de esta publicación en <https://espiritualidad.lasalle.es/el-relato-de-la-espiritualidad-lasaliana-libro/>

3 Versión en PDF en <https://ciencia.lasalle.edu.co/cgi/viewcontent.cgi?article=1060&context=libros>

seguro serán una ayuda pedagógica para profundizar en el documento en nuestras comunidades lasalianas, les animamos a ello.

Queremos agradecer a la Editorial Frontera – Hegian⁴ que nos ha autorizado la traducción y publicación a nivel interno lasaliano de su iniciativa editorial.

Gracias al Hermano Antonio Botana por su esfuerzo constante, resiliente, profundo, en poner palabras a lo que el Espíritu parece estar diciendo no sólo a los lasalianos, ni tan sólo a las congregaciones, sino a la Iglesia entera. Gracias por su voz profética, tan buscada y reconocida más allá de nuestras propias comunidades. Estamos convencidos de que también para nuestras comunidades va a ser una palabra iluminadora.

Sra. Heather Ruple y
Hnos. Néstor Anaya y Paco Chiva.
Secretariado de Asociación y Misión.
Roma 1 de junio de 2023.

4 Cuaderno nº 118 (vol. 4-2022) 95 páginas. Vitoria-Gasteiz, España 2022.

INTRODUCCIÓN

CANTA DE ALEGRÍA, ESTÉRIL,
TÚ QUE NO DABAS A LUZ
(Is 54,1)

Los carismas fundacionales, los que han dado origen a tantas instituciones religiosas y a muchas Familias carismáticas, ¿pueden ser transmitidos a los laicos, sin que estos tengan que hacerse miembros del Instituto religioso correspondiente? ¿Y quién puede transmitir el carisma sino el Espíritu Santo, que es su autor? ¿Le queda algún papel a la vida religiosa, habiendo sido la principal depositaria de dichos carismas? Y en caso positivo, ¿en qué consiste su papel como mediadora del Espíritu para dar continuidad a los carismas fundacionales? ¿En qué condiciones deberá hacerlo? ¿Y cuáles serán las consecuencias para ella misma y para los destinatarios?

Estas son las preguntas que están en el trasfondo de nuestra reflexión y a las que intentaremos responder en estas páginas. El marco en el que nos situamos es el de la Iglesia-Comunión, ese ecosistema eclesial que intenta desarrollarse y crecer desde el Concilio Vaticano II, y que introduce un nuevo modelo de relación entre los miembros de la Iglesia. Y la vida religiosa cuya función mediadora queremos poner en evidencia es la que hoy aparece señalada *por la reducción*.

Una vida religiosa en proceso de reducción, amenazada incluso por la desaparición y la muerte... ¿no tendría que preocuparse de sí misma, de poner los medios para sobrevivir? ¿Qué capacidad puede tener para infundir el espíritu de una nueva vida a otros creyentes? ¿No será esto una forma de evadirse para no enfrentarse a los propios problemas? Y aún, la sospecha inevitable para otros: parece la búsqueda resignada de una suplencia fácil para continuar las obras que ya el personal religioso es incapaz de mantener.

Necesitamos hacer una lectura objetiva de la realidad, pero una lectura creyente, no miope. Una lectura que nos permita contextualizar nuestro reducido presente, así como cada una de nuestras vidas y de nuestras instituciones, en la panorámica de la Historia de la Salvación. Para hacer este camino se nos ha dado la Sagrada Escritura. Pero no busquemos en ella respuestas concretas a nuestros problemas cotidianos. Allí se nos dan luz y claves, las claves de la Historia de la Salvación. Luz y claves que nos permiten ver y reconocer las respuestas que sí encontramos en nuestra historia cotidiana, en los acontecimientos que nos toca vivir. Aquella es la luz que

ilumina nuestro presente para verlo como parte de una historia de la que Dios es el Señor.

En la reflexión que aquí ofrecemos nos hemos dejado iluminar en especial por un libro de la Sagrada Escritura: *Isaías*. Su luz no siempre es placentera, ni siquiera cuando se propone *consolar* a su pueblo (cf. Is 40,1). Pero es una luz profética, que al mismo tiempo que *denuncia* la infidelidad del pueblo y le restriega por los ojos la realidad de reducción que está sufriendo hasta quedar en un resto apenas visible, igualmente le *anuncia* la misericordia creadora de Dios, que produce nuevos caminos en el desierto, que hace prodigiosamente fecunda a la que era estéril, que es capaz de resucitar a su siervo de la tumba, que reúne un nuevo pueblo junto al pequeño resto de Israel con gente venida de fuera y le confía su Espíritu. Y ante la sorpresa y el desconcierto de este pequeño resto que no llega a entender lo que está pasando, el profeta le recuerda: “Mis planes no son como vuestros planes, ni vuestros caminos como los míos, oráculo del Señor” (Is 55,8).

El profeta tiene la capacidad de ver lo que la mayoría no ve. Pero no porque sea un adivino, sino por su empeño en mirar más allá de lo aparente, motivado por la esperanza que le proporciona su fe en la alianza que Dios ha hecho con su pueblo. Intuye la acción de Dios que se abre paso a través de la maraña de acontecimientos, y convierte en imágenes el dinamismo y la dirección que ha captado en el proceder de Dios. De esta forma nos ofrece un *filtro de lectura* para comprender, desde la fe, nuestra realidad: nos ayuda a abrir nuestras mentes para vislumbrar los planes de Dios y hacernos instrumentos eficaces en su ejecución, no estorbos. Aunque sus caminos no coincidan con los que nosotros caminábamos. Con la conciencia de que los caminos de Dios son siempre los mejores, aunque nos parezcan torcidos.

El libro de *Isaías* contiene, en realidad, los mensajes de *tres profetas* que viven en épocas diferentes: el primero, que da nombre al libro, antes del exilio, en la segunda mitad del s. VIII a. C.; el segundo durante el exilio, en el s. VI a. C.; el tercero después del exilio, poco después del regreso de los repatriados y de su encuentro con otros grupos que habían quedado en el país. Cada uno de ellos con sus propios acentos nos servirá como referencia para una de las tres partes en que hemos desarrollado nuestro trabajo.

PRIMERA PARTE

UNA VIDA RELIGIOSA

CAPAZ DE ENGENDRAR NUEVA VIDA

Nuestro filtro de lectura: EL PRIMER ISAÍAS (IS 1 a 39)

El profeta que da nombre al libro de Isaías vive en la segunda mitad del siglo VIII a. C., en la época que precede al destierro de Babilonia. Su mensaje está marcado por dos ejes referenciales:

- De una parte, la conciencia de ser mediador entre Dios y su pueblo: “Entonces oí la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré?, ¿quién irá por nosotros?». Respondí: «Aquí estoy yo, envíame». Él me dijo: «Vete a decir a este pueblo...»” (6,8-9). Él es un enviado, esa es su vocación. Es memoria que recuerda al pueblo la alianza que Dios ha hecho con él: “He criado y educado hijos, pero ellos se han rebelado contra mí” (1,2). Una alianza que no se expresa en términos jurídicos, sino en una relación de amor, para la que Isaías utiliza diversas imágenes, como la parábola de la viña, tan frecuente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: “Voy a cantar en nombre de mi amigo un canto de amor dedicado a su viña. ... ¿Qué cabía hacer por mi viña que yo no haya hecho?” (5,1-7).
- En consecuencia, y este es el otro eje, el profeta está atento a leer la realidad del pueblo, realidad religiosa, social y política; y en esa lectura denuncia el pecado, las infidelidades del pueblo; y lo llama a la conversión, que no se reduce a una relación litúrgica con Dios, sino al derecho y la justicia en el interior del pueblo: “Cuando extendéis las manos para orar, aparto mi vista; aunque hagáis muchas oraciones, no las escucho... Buscad el derecho, proteged al oprimido, socorred al huérfano, defended a la viuda” (1,15-17). “El derecho rescatará a Jerusalén, y la justicia, a sus habitantes convertidos” (1,27). Con estas condiciones le recuerda las promesas de Dios, le urge a avivar su esperanza mesiánica: “Aquel día dirás: «... Él es el Dios que me salva; tengo confianza, y ya no temo, porque mi fuerza y mi alegría es el Señor, él es mi salvación».” (12,1-2).

Es un tiempo de *reducción* lo que está viviendo el pueblo. E Isaías, lejos de ocultarlo, lo resalta con fuerza y lo describe en términos extremados, pero para apuntar a la salvación que, en último término, viene de Dios, siempre fiel a su promesa: “Y si aún queda una décima parte, será también exterminada; como una encina o un roble, que al talarlos solo queda el tronco. Pero este tronco será semilla santa” (6,13). “Al resto de Sion, a los que quedan en

Jerusalén, a los destinados a vivir en ella, los llamarán consagrados” (4,3). Y este *resto* será el punto de partida para un nuevo Israel que, a la vuelta del destierro, alcanzará una dimensión más universal: “El Señor ... escogerá de nuevo a Israel y los restablecerá en su tierra. Los extranjeros se unirán a ellos, se incorporarán a la estirpe de Jacob” (14,1).

En la situación social en que está inmerso, cada vez más deteriorada y políticamente más precaria, el profeta aporta los signos de esperanza que representan los niños del “Libro del Enmanuel”, como se conocen los capítulos 7 a 12 de Isaías. Entre esos niños ocupa un lugar central el nombrado *Enmanuel*, “Dios entre nosotros”. Su nacimiento es símbolo de que Dios acompaña al pueblo y lo salva cuando ya todo parece perdido.

1. Esperanza en la experiencia de reducción

Este tronco será semilla santa (Is 6,13)

Isaías nos transmite una lectura de la realidad de su pueblo, hecha con dos perspectivas complementarias: un criterio de realismo que le hace reconocer el desmoronamiento que está sufriendo el pueblo en todo sentido, en la vivencia religiosa, en la solidaridad y justicia social, en la consistencia nacional frente a los ataques exteriores; la descripción está hecha con tintes sombríos y despiadados: “¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de crímenes, ralea de malvados, hijos corrompidos! ... Vuestro país está arrasado, vuestras ciudades incendiadas, vuestras tierras las devoran extranjeros ante vuestros propios ojos” (1,4.7). Pero también un criterio de fe y esperanza porque la alianza del Señor es inquebrantable, y Él está decidido a salvar *un resto* con el cual se realizará la restauración del pueblo, o más bien, surgirá un nuevo pueblo: “Aquel día el retoño del Señor será motivo de honor y de gloria; y los frutos del país constituirán el orgullo y el adorno de los supervivientes de Israel” (4,2).

La conciencia de precariedad

La vida consagrada está sufriendo hoy una fuerte experiencia de reducción, como no la había vivido en varios siglos. No afecta solo a algunos Institutos o a algún tipo de vida religiosa, ni es exclusivo de algún país o cultura. Ciertamente, el fenómeno es más virulento en Occidente y en los países económicamente más desarrollados, así como hay Institutos que lo han afrontado mejor que otros. Pero se trata de un fenómeno global y mundial, al que un análisis simplista no le haría justicia pues son muchos los factores que inciden en él: de tipo sociológico, cultural, religioso, eclesial, o del choque de paradigmas que la vida religiosa arrastra de su herencia pasada con los que hoy van imponiéndose en la sociedad, pero también en el interior de la Iglesia.

No es nuestro objetivo ahora el análisis de este fenómeno, sino el constatar la reacción de la vida consagrada, de los Institutos de vida consagrada ante

dicho fenómeno, que no se reduce a un cambio circunstancial, ocasional o accidental, donde todo consiste en esperar pacientemente hasta que todo vuelva a su cauce, el de antes. Es un cambio de época, y ya nada será como antes.

Todo cambio de época trae consigo la desaparición de muchas entidades pertenecientes a la época anterior, la transformación de muchas otras y el nacimiento de otras nuevas. La inmutabilidad no pertenece a este mundo. No habrá subsistencia sin adaptación, y aun esta no asegura aquella.

La conciencia de precariedad ha ido tomando cuerpo en nosotros, religiosos y religiosas, en referencia a nuestras respectivas instituciones. Nuestras obras y estructuras más poderosas no pueden disimular la liviandad de su existencia. Esa conciencia es, en sí misma, positiva; y es necesaria para evitar la tentación de quedarse aposentados en la inercia de una falsa seguridad que nos adormece en la rutina de las formas y los hábitos heredados.

La constatación de nuestra precariedad suscita reacciones muy diversas, incluso opuestas. Está la postura negacionista: “No es posible que desaparezcamos. Somos demasiado importantes. Dios se las arreglará”. Y la resignación pasiva, la de dejarse ir con un “Que sea lo que Dios quiera”. Y la obstinación de los que pretenden resistir anclándose en las estructuras caducas, porque “la vida consagrada está por encima de las modas”. Y el desánimo de los que se esfuerzan por dar a conocer su institución religiosa y “no consiguen vocaciones” ...

Criterio de lectura

No basta con ser conscientes de nuestra precariedad. Es necesario que la tomemos como *criterio de lectura de la vida*¹. Lo cual nos llevará a dos convicciones:

1 Cf. A. POTENTE, *Es vida y es religiosa. Una vida religiosa para todos*. Ed. Paulinas, Madrid 2018, p. 10.

- La más inmediata es un descentramiento, dejar de mirar nuestro ombligo: nuestra institución, todas y cada una de las instituciones de la vida religiosa, no son imprescindibles. Pueden desaparecer todas, y de hecho así ha pasado con las cuatro quintas partes de las Órdenes e Institutos religiosos fundados en la historia de la Iglesia. La consagración religiosa es tan solo una forma de vivir existencialmente la consagración bautismal. Esta es esencial, la otra es solo un medio. Y así pasa con la vida religiosa respecto de la vida cristiana: esta es esencial, la otra es solo un medio, por importante que sea el servicio que presta a la vida cristiana como *memoria* del modo de vida de Jesús, función que no le pertenece en exclusiva.

El sentirnos así, con esa conciencia de nuestra transitoriedad, ha de impulsarnos a volver nuestra mirada a aquello que nos une con los demás miembros de la Iglesia: la consagración bautismal, el seguimiento de Jesús, la vida cristiana, la búsqueda y anuncio del Reino de Dios. Y a preguntarnos qué es, realmente, lo que nuestras instituciones pueden ofrecer a la Iglesia.

- La segunda convicción, en paralelo con la anterior, va en la respuesta a esta pregunta: ¿qué hay en nosotros de más valioso, por encima de la propia institución? ¿Qué don hemos recibido que ha sido la causa de nuestra existencia? La respuesta apunta al carisma fundacional. Desde la convicción anterior hemos asumido que este es un don concedido a la Iglesia para desarrollar su misión, no pertenece a la institución religiosa.

El efecto de mirarse a sí mismo cuando todo el cuerpo se va reduciendo es la impotencia, el repliegue, el desánimo. Parece que estamos al borde de nuestras fuerzas... ¿A dónde está señalando Dios en esta situación, en nuestra *reducción*? Es allí donde hay que mirar. Nos llega entonces la palabra del profeta: “Entonces el desierto se convertirá en un vergel y el vergel parecerá un bosque” (Is 32,15). ¿Descubrimos el camino que Dios está abriendo en la Iglesia? En ese camino tiene un papel decisivo la vida religiosa, aunque ya solo parezca *un resto*. A este resto, Dios hace la promesa: “Este tronco será semilla santa” (Is 6,13). Todo depende de que sepamos descubrir en nosotros la semilla que espera ser sembrada.

2. La propuesta es: avivar la vocación

«Aquí estoy yo, envíame» (Is 6,8)

La lectura que hace Isaías de la situación de su pueblo no es la de un observador que narra con más o menos objetividad lo que no le afecta personalmente. Bien al contrario, Isaías se siente doblemente implicado: como miembro de ese pueblo cuya situación sufre intensamente, y como israelita que ama a su Dios y sufre también el desgarramiento de una alianza que el pueblo ha olvidado. Confiesa su pertenencia al pueblo pecador: “Yo, hombre de labios impuros, que habito en un pueblo de labios impuros” (6,5). Y aun sabiéndose indigno se siente llamado por Dios para ser su voz en medio del pueblo, para denunciar a este su infidelidad y darle al mismo tiempo motivos para esperar y confiar en el Señor. Es Dios mismo quien lo capacita: “Al tocar esto tus labios, desaparece tu culpa y se perdona tu pecado” (6,7). Y en ese cruce de pertenencias, a Dios y al pueblo, vive la experiencia más profunda del profeta; lo que ha de hacer no será por propia iniciativa sino porque Dios lo envía: “Entonces oí la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré?, ¿quién irá por nosotros?» Respondí: «Aquí estoy yo, envíame.»” (6,8).

El primer eje de nuestra vida religiosa

El primer eje sobre el que se construye la personalidad del profeta es su vocación: el ser llamado, el saberse enviado e instrumento de Dios. Este es también el primer eje que debemos renovar y vivificar en nuestra vida religiosa, cuya finalidad no es el mantenimiento de una estructura institucional, sino el dar respuesta a la llamada de Dios, el servir de instrumento para mantener vivo en la Iglesia y para todos los cristianos el compromiso de la radicalidad evangélica.

Es difícil que en una situación de crisis tan fuerte como la que hoy padece la vida religiosa, donde la amenaza es la propia extinción, se haga la propuesta de avivar la vocación. Tal vez muchos se inclinarían por expresar este deseo: “Enseñanos a morir dignamente”. Pero “el arte del bien morir” no es el objeto

de este cuaderno. Muy al contrario, nos dejamos iluminar por el mensaje de Isaías, que anuncia la vida donde parece que no hay esperanza, y presenta el resto de Israel como punto de partida de una nueva creación (cf. Is 4,2-3).

La vida consagrada no es atemporal

Pero la nueva creación no es una repetición de lo mismo, ni es una prolongación de una forma de vida. En las últimas décadas han aparecido en la Iglesia muchas nuevas instituciones religiosas: gran parte de ellas no son sino reediciones de formas de vida consagrada pertenecientes al pasado, a otra época, a otra cultura, a otra Iglesia. Parece como si lo sagrado tuviera que ser atemporal, y la vida consagrada tuviera que situarse en ese rango de lo sagrado y significarlo con su “atemporalidad”. Es una prisión en la que nos reclinamos y con la que damos la espalda a la novedad que trae consigo el Espíritu².

Hay, forzosamente, una discontinuidad entre la vida religiosa que hemos experimentado y esa nueva creación que el Espíritu está impulsando. Las rupturas siempre cuestan, son dolorosas, sobre todo cuando se refieren a elementos que hemos rodeado con el aura de lo sagrado. Y cuanto más anclados estamos en las viejas estructuras, más cuesta reconocer lo nuevo que está naciendo, de tal forma que se cumple en nosotros la acusación que Isaías ha de transmitir: “Vete a decir a este pueblo: por más que escuchéis, no entenderéis; por más que miréis, no comprenderéis” (Is 6,9).

Cuando reconocemos como signo del Espíritu la confusión e incertidumbre que hoy conmueve a la vida religiosa, estamos ya preparados para el siguiente paso: el preguntarnos por lo que el Espíritu está creando, y qué espera de nosotros para contribuir a la vida que está naciendo. Así revive en nosotros la vocación y, sin temor a ver morir la estructura institucional que nos ha sostenido, haremos nuestra la experiencia del profeta: «¿A quién enviaré?» Respondí: «Aquí estoy yo, envíame».

2 Cf. R. COZZA, *Ningún carisma basta por sí solo. El final de los espacios cerrados*. Ed. Paulinas, Madrid 201, p. 159.

3. ¿Qué necesita este pueblo?

Este es el camino, seguidlo (Is 30,21)

La pregunta que encabeza este apartado acompaña la vida del profeta, como consecuencia de su compromiso vocacional. Para poder realizar la mediación que Dios le encarga ha de leer atentamente la situación que vive el pueblo, las opciones de sus dirigentes, la coherencia entre las formalidades religiosas y la justicia, las condiciones de vida de los pobres y desvalidos... “Nadie os pide que vengáis ante mí, a pisar los atrios de mi templo, trayendo ofrendas vacías, cuya humareda me resulta insoportable” (1,12-13). “¡Pueblo mío! Tus guías te extravían y confunden tus caminos. ... ¿Con qué derecho triturráis a mi pueblo, y machacáis el rostro de los pobres?” (3,12.15).

Y tras el discernimiento vendrá la denuncia que llama a la conversión y el anuncio del Dios que salva: “Aquel día, los sordos oirán las palabras del libro; los ojos de los ciegos verán sin tinieblas ni oscuridad; volverán los humildes a alegrarse con el Señor y los más pobres exultarán con el Santo de Israel” (29,18-19). “Pero el Señor espera el momento para apiadarse de vosotros, y quiere manifestaros compasión ... Tu Maestro no se esconderá ya, con tus ojos verás a tu Maestro; cuando te desvíes a derecha o izquierda, oirás con tus oídos una palabra a la espalda: «Este es el camino, seguidlo.»” (30,18-21).

Una pregunta desde dentro del pueblo

¿Qué necesita este pueblo? Si vivimos en la conciencia de que el sentido de nuestra vida viene de ser llamados por Dios, esta es la pregunta que ha de estar inquietando nuestros pensamientos. Pero la respuesta no será la misma si la pregunta ha sido hecha desde fuera o desde dentro del pueblo; no será la misma si quien la hace se siente superior al pueblo o perteneciente al pueblo.

El Concilio Vaticano II propone una figura de la Iglesia a la que dedica todo el capítulo II de la Constitución *Lumen Gentium*: “El Pueblo de Dios”.

Un pueblo en el que «todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, ... son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (LG 11). En el mismo capítulo se asientan las bases para reconstituir el tesoro común de este Pueblo, al que Cristo ha hecho “Reino de sacerdotes para Dios, su Padre”, en el que todos son consagrados por el bautismo, testigos de Cristo por la confirmación del Espíritu Santo, y enriquecidos por este con diversos carismas (cf LG 10-11).

En el tiempo postconciliar la Iglesia ha seguido ahondando en su identidad de Pueblo de Dios que encarna la alianza renovada en Cristo, y la ha expresado repetidamente como “Iglesia-Comunión” (cf. *Christifideles laici*), resaltando la profunda relación que existe entre los diversos estados de vida de los miembros que la componen, pues todos “están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común –mejor dicho, único– su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor” (ChL 55.3).

¿Podía la vida consagrada quedarse al margen de esta recuperación de la Iglesia en su conciencia de “pueblo” o “Iglesia-Comunión”? ¿Podía seguir con su mentalidad secular de “estado de perfección” y con la lógica correspondiente de separación del resto de los fieles?

“El gusto espiritual de ser pueblo”: es el título del apartado de *Evangelii gaudium* (268-274) en el que el papa Francisco nos invita a reconocer y paladear esta pertenencia, como condición para ser *evangelizadores de alma* (EG 268). Y no es algo accesorio, pues va ligada directamente con la vocación, nuestra conciencia de ser llamados: “Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia” (EG 268).

Renunciando a la autorreferencialidad es como podemos hacernos honestamente la pregunta: ¿Qué necesita este pueblo? Aceptamos que lo importante y lo que nos realiza en la vocación recibida ya no es si nuestra institución o todas las instituciones de la entera vida religiosa continuarán existiendo en el futuro. Lo importante es que este pueblo de creyentes al

que pertenecemos necesita saber que Dios sigue actuando entre nosotros, que su Reino está llegando, que su Espíritu sigue presente y convocando a su Iglesia. A este pueblo hay que darle un signo de que Dios sigue llamando, convocando, reuniendo, y nos ofrece una nueva esperanza mesiánica. Es esta la labor del profeta.

Y desde la vida religiosa nos sentimos llamados a responder ofreciendo ese don del que somos depositarios, pero no dueños, nuestro carisma fundacional. El signo será una comunidad de creyentes, religiosos y laicos, reunida en torno al carisma, para construir una fraternidad en función de la misión.

4. Pidamos abrir los ojos

«Pide al Señor tu Dios una señal» (Is 7,11)

Es curiosa la propuesta que Isaías hace al rey Ajaz, y parece muy razonable la respuesta de este: «No la pido, pues no quiero poner a prueba al Señor» (7,12). La situación que vive Israel es delicada, con la dinastía davídica en riesgo de desaparición; y Ajaz ya ha hecho sus propias opciones y alianzas que él supone que le aseguran la estabilidad de su reino, al margen de las promesas de Dios, en las que él no confía. En este contexto, su respuesta no es de respeto, sino de desinterés por las señales de Dios, ¡no sea que le obliguen a cambiar su posición!

Ajaz se merece el mismo reproche que Isaías dirige al pueblo: “Son pueblo rebelde, hijos renegados, que no escuchan la ley del Señor, que dicen a los videntes: «No tengáis visiones»; y a los profetas: «No nos profeticéis la verdad; decidnos cosas halagüeñas, profetizad ilusiones...»” (30,9-10). Ajaz y su pueblo son una prueba evidente de que se puede estar viviendo una aparente y engañosa religiosidad, repleta de ritos para vacía de fe y sorda a la palabra de Dios.

La fidelidad mal entendida

Las señales de una nueva vida están ahí, aunque parezcan tenues. Hay que buscarlas con la mirada atenta, pero es arriesgado reconocerlas porque nos obligan a cambiar nuestras costumbres, nos proponen otro estilo de vida en el interior de esta Iglesia-Comunión, en el contexto de un pueblo de creyentes donde se comparten los carismas fundacionales.

En este contexto, atreverse a pedir señales a Dios es pedirle que abra nuestros ojos y nos ayude a reconocer los signos de esa nueva creación que su Espíritu está alumbrando en la Iglesia. Los signos nunca son en cantidades masivas, no se imponen por su magnitud. Suelen ser algo muy discreto,

como el grano de mostaza... Si se cuidan, luego van creciendo y se convierten en árboles frondosos que acogen a multitud de aves.

Pero es más fácil rechazar “piadosamente” la propuesta del profeta y quedarnos en la actitud de Ajaz, “para no tentar al Señor”. Nos refugiamos entonces en la seguridad de nuestras estructuras religiosas, porque “garantizan” nuestra fidelidad. Tenemos miedo a pedir señales que rompan nuestra estabilidad, señales que nos obliguen a reconocer nuestra situación de caducidad y la necesidad de abrirnos a otra forma de vivir la vida consagrada en una sociedad y en una Iglesia que ya no son aquellas en las que nacieron nuestras instituciones. *Fidelidad creativa* (VC 37) es la actitud que requiere un carisma fundacional, porque *fidelidad* sin *creatividad* es simple rutina que niega la esencia de todo carisma, que, como actuación del Espíritu, es dinamismo y respuesta viva a las necesidades del mundo y de la Iglesia.

En la mayoría de los Institutos religiosos se mantiene una oración periódica por las vocaciones. Pero ¿cuál es el objeto de esa oración? Si se trata simplemente de “pedir vocaciones para el propio Instituto”, no lo dudemos: es una oración equivocada. Atrevámonos a pedir discernimiento para conocer en qué estamos impidiendo el surgimiento de nuevas vocaciones, atrevámonos a pedir luz para cambiar todo lo que en nosotros se ha quedado caduco, agradezcamos las nuevas formas vocacionales en que se manifiesta el Espíritu y ofrezcámonos para apoyarlas y acompañarlas, hagámonos disponibles para ser mediadores del Espíritu en la transmisión del carisma a otros creyentes con otras formas de vida, y comprometámonos en desarrollar la comunión con todos ellos.

5. Atreverse a reconocer las señales

«El Señor mismo os dará una señal» (Is 7,14)

La reacción de Isaías ante el rechazo de Ajaz fue adelantarse para afirmar que la señal ya está a la vista, para quien quiera verla: “Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel” (7,14). La relectura cristiana interpreta el término *joven* como *virgen*. Es decir, quien no estaba capacitada para engendrar, por el poder de Dios da a luz un hijo y lo llama *Dios con nosotros*.

Ante el pueblo que busca las señales en los ídolos, lo que ha fabricado con sus propias manos, Isaías se atreve a presentarse con sus hijos, don de Dios y señal que apunta al futuro, como testigos del Señor: “Yo y los hijos que el Señor me ha dado seremos signos y presagios para Israel, de parte del Señor todopoderoso, que habita en el monte Sion” (8,18). El profeta se hace señal para el pueblo con toda su vida.

La señal está a la vista

¿Es capaz la vida religiosa de dar a luz una nueva vida? La señal ya está a la vista. Son muchos los laicos que vienen atraídos por los carismas fundacionales que están viviendo las Órdenes e Institutos religiosos, y quieren vivirlos desde su condición laical, en toda la plenitud de su consagración bautismal. Es un auténtico nacimiento, que se hace posible porque las correspondientes instituciones religiosas se han abierto a la inspiración del Espíritu y han aceptado que su carisma fundacional no les pertenece: así se hacen *parteras* de una nueva vida.

El dar a luz y la relación que comporta no terminan en el nacimiento. Se crea una nueva familia donde se desarrollan lazos de comunión que incluyen el acompañamiento, la formación conjunta, el mutuo discernimiento, la solidaridad, la corresponsabilidad en la misión. En esta comunión de religiosos y laicos la vida religiosa ya no puede ser la misma, forzosamente ha

de cambiar, no solo en estructuras, sino sobre todo en su manera de sentirse dentro de la Iglesia, en relación a los demás miembros.

Pero esto no podrán hacerlo las instituciones ancladas en su pasado, reacias a imaginar la vida consagrada de otra manera, en el contexto que brinda el nuevo ecosistema eclesial propiciado por el C. Vaticano II. Nos lo advierte Francisco en la homilía que pronunciaba en la XXVI Jornada Mundial de la Vida Consagrada (2-febrero-2022): “El Señor no deja de mandarnos señales para invitarnos a cultivar una visión renovada de la vida consagrada. Esta es necesaria, pero bajo la luz y las mociones del Espíritu Santo. No podemos fingir no ver estas señales y continuar como si nada, repitiendo las cosas de siempre, arrastrándonos por inercia en las formas del pasado, paralizados por el miedo a cambiar. Lo he dicho muchas veces: hoy, la tentación es ir hacia atrás, por seguridad, por miedo, para conservar la fe, para conservar el carisma del fundador... Es una tentación”³.

Ante las señales que el Señor mismo nos da, el tiempo de reducción que vivimos ya no es visto simplemente como una amenaza de desaparición. La reducción es necesaria para la transformación, para crear algo nuevo. Y así nos convertimos en parte de lo nuevo. Una vida religiosa con dolores de parto... Sí: con el gozo de dar a luz a una familia.

El signo de la vida religiosa dando a luz a las nuevas Familias carismáticas es una señal para la Iglesia que aspira a ser *Iglesia-Comunión*. Es señal de que *Dios está con nosotros*; y su Espíritu sigue actuando, a su modo, trazando en la Iglesia nuevos caminos de comunión.

3 https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2022/documents/20220202_omelia-vitaconsacrata.html

6. Llamados a convertirnos en raíces

Tus muertos revivirán (Is 26,19)

Isaías opone la esterilidad del pueblo, incapaz de ofrecer vida por sí mismo, y la fecundidad de Dios, por los caminos que Él tiene trazados: “Habíamos concebido, nos retorcimos de dolor y dimos a luz, pero solo era viento; no trajimos salvación a la tierra, no nacieron habitantes al mundo. Pero revivirán tus muertos, ... pues rocío de luz es tu rocío, y los muertos resurgirán de la tierra” (26,18-19). La salvación no está en nuestras fuerzas, proclama el profeta, sino en el poder de Dios; y este se manifiesta en la forma y en el tiempo que Él establece. Podrá parecer ingenuidad para quienes solo se miran a sí mismos, pero para quienes han aprendido a reconocer las señales de la acción de Dios en la historia esta es la actitud que cuenta: “¡Confíad siempre en el Señor, que el Señor es la roca perpetua!” (26,4).

La cuestión es: ¿cómo resucitar?

Unida a la experiencia de la esterilidad, hecha fecundidad por el poder de Dios, está la evidencia de la muerte, asumida como un acontecimiento que no es el final en el plan de Dios. La muerte, no solo del individuo sino de la institución, debe ser contemplada como una realidad por la que hemos de pasar, no como conclusión fatídica de una historia más o menos larga, que siempre parece demasiado breve, sino como el paso previo de la resurrección. “Lo que hay que buscar en el cristianismo y en la vida religiosa no es no morir, sino resucitar. Pero la muerte es el camino para la resurrección. Y la vida religiosa es una *voluntaria* aceptación de la muerte”⁴.

La cuestión hoy para la vida religiosa no es “¿cómo no morir?”, sino “¿cómo resucitar?”. Es decir, la preocupación no ha de estar en “salvar los muebles, la casa o el Instituto entero”, sino en “cómo nos preparamos para una nueva vida”. De alguna forma, la alegoría que San Pablo utiliza en la primera carta

4 Marko I. RUPNIK, María CAMPATELLI, *Veo una rama de almendro. Reflexiones sobre la vida consagrada*. Ed. San Pablo, Madrid 2015, p. 122.

a los Corintios para ayudar a vislumbrar la naturaleza de los cuerpos resucitados puede servirnos, salvadas las distancias, para comprender el salto que se nos propone: “Lo que tú siembras no germina si antes no muere. Y lo que siembras no es la planta entera que ha de nacer, sino un simple grano de trigo, por ejemplo, o de alguna otra semilla. Y Dios proporciona a cada semilla el cuerpo que le parece conveniente” (1 Cor 15,36-37).

La muerte es el mayor signo de discontinuidad en un proyecto. Puede significar simplemente el final del mismo. Pero puede ser el paso necesario para otro nivel de vida que implica una transformación radical del proyecto. De esto estamos hablando. Y aún me permito abusar de las palabras de Pablo en su intento de clarificar el sentido de la resurrección: “No todos moriremos, pero todos seremos transformados” (1 Cor 15,51). Al final, esto es lo que importa: la nueva vida no es una repetición de la anterior; implica una transformación profunda que alcanza a los que venimos de atrás y a los recién llegados.

La opción no es fácil, y ni siquiera resulta agradable; pero ¿qué es optar por la vida? Nos gustaría ser flor, pero ¿aceptamos convertirnos en raíces? Tomo la imagen y el desafío que lleva consigo, del discurso de Francisco ante cristianos y judíos en un encuentro en Budapest, el 12 de septiembre de 2021. Cita al poeta húngaro Miklós Radnóti, recluso por los nazis en un campo de concentración, solo porque era de origen judío: “Al final, en la triste soledad del campo de concentración, mientras se daba cuenta de que la vida se estaba marchitando, Radnóti escribió: «Soy también yo una raíz ahora... Fui una flor, me he convertido en una raíz» (*El Cuaderno de Bor, Raíz*). También nosotros estamos llamados a convertirnos en raíces. A menudo buscamos frutos, resultados, afirmación. Pero Aquel que hace fructificar su Palabra en la tierra con la misma dulzura de la lluvia que hace germinar el campo (cf. Is 55,10), nos recuerda que nuestros caminos de fe son semillas, semillas que se transforman en raíces subterráneas, raíces que alimentan la memoria y hacen germinar el futuro”⁵.

¿Qué es lo que nos permitirá llegar a la nueva vida, aunque sea pasando por la muerte?

5 <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/september/documents/20210912-budapest-consiglioecumenico.html>

7. Los dones que nos abren a la vida

Sobre él reposará el espíritu del Señor (Is 11,2)

El lenguaje profético de Isaías (el “Primer Isaías”) recurre a los niños como signos de una nueva vida para el pueblo, de la esperanza mesiánica ya realizada en el futuro, y que trae consigo un gran gozo para este pueblo tan castigado: “El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz. ... Has multiplicado su alborozo, has acrecentado su alegría. ... Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (9,1-5). Su existencia representa la presencia salvífica de Dios en medio del pueblo, como lo revelan los nombres que Isaías atribuye al niño (cf. 7,14; 9,5).

Las nuevas relaciones basadas en el derecho y la justicia (9,6) las expresa Isaías en forma idílica, siempre con la presencia del niño: “Habitará el lobo junto al cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el ternero y el leoncillo pacerán juntos; un muchacho pequeño cuidará de ellos” (11,6). El valor no le viene del hecho de que sea “nuevo”, sino de la voluntad creadora de Dios y su fidelidad para con el pueblo y, en definitiva, porque el espíritu del Señor está con él: “El amor ardiente del Señor todopoderoso lo realizará” (9,6). “Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor” (11,2).

Claves para la respuesta

Isaías nos ofrece aquí algunas claves para encontrar respuesta a la pregunta que nos formulábamos al final del apartado anterior. En primer lugar, la nueva vida está hecha de *nuevas relaciones* basadas en la justicia al estilo bíblico: relaciones de fraternidad, de solidaridad, de conocimiento mutuo; con nuevos lazos entre quienes ni siquiera se trataban, ahora juntos para realizar el proyecto de Dios, el Reino de Dios. Y segundo, la nueva vida se alimenta con el *espíritu del Señor*, que aquí pondremos ya con mayúscula, pues se trata del propio Espíritu Santo a través de sus carismas.

La vida consagrada tiene en su interior lo necesario para engendrar la nueva vida que el amor del Señor quiere crear en su Iglesia: tiene la experiencia de la comunión, que ahora ha de transmitir y promover entre los demás miembros de la Iglesia, más allá del propio Instituto. Y tiene el gran don del carisma o los carismas fundacionales. Cada Instituto ha de preguntarse y cerciorarse de que esos dones están vivos en su interior, porque ellos son quienes le permitirán formar parte de la nueva vida, aunque haya de pasar por la muerte.

a) La experiencia de la comunión

La experiencia de la comunión ha definido la vida religiosa desde el principio, tratando de emular lo que fue un signo distintivo de la comunidad cristiana de los orígenes, según se narra en Hechos de los Apóstoles: “Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2,44). “El grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas” (Hch 4,32). Este ideal de fraternidad, que pertenece a toda la Iglesia, es el que ha orientado el nacimiento de los diversos Institutos religiosos, sirviendo así de *memoria viva* para todos los cristianos, como se lo reconoce *Vita consecrata*, la exhortación apostólica de San Juan Pablo II: “La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad” (VC 41).

No se trata solo de una forma de vida para poder dedicarse a una tarea apostólica. Es algo que tiene valor en sí mismo, como signo de la alianza que Jesús expresó con su “mandamiento nuevo” y la entrega de sí mismo hasta dar la vida en la Cruz: “En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es *espacio teologal* en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado” (VC 42).

La petición explícita, casi como un desafío, que hacía *Vita consecrata* a las personas consagradas, está lejos de ser una mera exhortación piadosa; es, en realidad, una condición de vida, condición para que la vida consagrada pueda engendrar una nueva vida: “Se pide a las personas consagradas que

sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel ‘proyecto de comunión’ que constituye la cima de la historia del hombre según Dios” (VC 46). “Expertas”, no “eruditas”: implica “*un modo de pensar, decir y obrar*, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión” (id.).

¿Cómo convertir esa experiencia interna en una propuesta de vida cristiana en la que confluyen desde el propio carisma con otros creyentes? ¿Cómo hacerla experiencia de familia, experiencia compartida entre personas de diversos estados y situaciones de vida, y entre ellas las personas consagradas?

b) El don del carisma

Los dones que el Espíritu ha concedido a la vida consagrada no tienen como destinatario último los Institutos religiosos sino la Iglesia. “Don especial del Espíritu” es el amor recíproco de cuantos forman la comunidad (VC 42), un don que no puede acabar en el interior del Instituto, sino que se vuelca en la Iglesia, o mejor, en el Pueblo de Dios. Con ese don va este segundo, el carisma fundacional, que no se sostiene sin aquel. Al tiempo que se entrega la *experiencia de la comunión*, se comparte el carisma fundacional, que es *experiencia del Espíritu*⁶. El carisma lo transmite el Espíritu; nosotros podemos ser sus mediadores compartiéndolo.

Durante mucho tiempo los carismas fundacionales se han considerado como propiedad de las Órdenes e Institutos religiosos, confundidos con los proyectos de vida religiosa en que aquellos se habían materializado. Finalmente, los carismas han saltado de los pozos en que estaban reclusos y se han hecho ríos que quieren fecundar toda la superficie del Pueblo de Dios y a los que no se puede poner coto: “Son dones para renovar y edificar la Iglesia. No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador” (*Evangelii gaudium*, n. 130).

6 *Mutuae relationes*, 11. Roma 1978.

El carisma no está ni en una habilidad ni en lo que se hace, sino en lo que impulsa a hacerlo. Es un dinamismo interno que se manifiesta y se proyecta de muchas formas: ofrece una perspectiva global del Evangelio; facilita una visión unificada de toda la vida y de la misión en que nuestra vida se proyecta; afina en nosotros la mirada para hacerla sensible a determinadas necesidades, y aviva la creatividad para dar respuesta a esas necesidades; nos hace percibir valores que a otros se les escapan. Por todo ello el carisma fundacional es, al mismo tiempo, *fuerza motivadora* para el individuo y para el grupo que sintoniza con él, y *fuerza profética* que despierta en las instituciones y en la sociedad un horizonte de justicia y de humanidad que tiende a difuminarse en ellas⁷.

El carisma se manifiesta o proyecta en un modo de vida. Tradicionalmente, el modo de vida religiosa ha sido el facilitador de los carismas fundacionales. De ahí la facilidad con la que estos se han confundido con aquella. En una Iglesia que ha redescubierto la misión única y compartida entre todos sus miembros, también se han recuperado los carismas como dones que pueden ser participados desde diversas formas y estados de vida. De esta forma, cada carisma fundacional se convierte en lugar de encuentro con otros muchos creyentes que sintonizan en ese carisma, y por lo mismo será lugar de enriquecimiento mutuo.

La aportación de la vida consagrada, al compartir los carismas fundacionales en la Iglesia y en la sociedad, podríamos compararla con la labor de un zahorí que va descubriendo vetas de agua en un terreno aparentemente árido. El zahorí no “da” agua; simplemente la detecta donde está porque es sensible a ella; puede señalar su flujo porque sintoniza con el dinamismo de la corriente acuífera; la ha experimentado en su interior y por eso la valora. Su objetivo no es utilizar el agua para su propio provecho, sino facilitar su disfrute a los usuarios del terreno. Empezar a usarla y disfrutar de ella dependerá de los propios usuarios. Luego, cuando el agua está ya fluyendo, habrá usuarios que digan: “Yo sentía algo dentro; de alguna forma sabía que estaba ahí...” Y el terreno dejará de ser árido para hacerse fértil. Y el zahorí podrá decir: “He cumplido mi misión. No importa que yo desaparezca, si el agua ya está fluyendo y ha de llegar a otros muchos...”

7 Cf. Luigino BRUNI, *La destrucción creadora. Cómo afrontar las crisis en las organizaciones motivadas por ideales*. Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2019, p. 21.

8. Nuestros carismas se han hecho ríos

*El páramo se convertirá en estanque,
la tierra sedienta en manantial (Is 35,7)*

El *resto*, el *rebusco*, el *renuevo*, ... son diversas denominaciones que utiliza Isaías para hablar de esa poquita cosa que ha de quedar del pueblo de Israel, por no decir incluso *los muertos que resurgirán de la tierra* (6,19). Son muchas las amenazas que, al decir del profeta, han acosado a este *resto*, y mucho más de lo que tendrá que convertirse, pero al final hay una nueva realidad que supera todo lo anterior, y que el profeta anuncia con diversas imágenes que expresan la novedad y el poder del Señor que la hace posible: es la imagen del *festín en el monte Sion*, pues “se ha posado en este monte la mano del Señor” (25,10); son las *raíces* que echará Jacob, por las que “Israel florecerá y fructificará y llenará el orbe de sus frutos” (27,6); es la tierra fecunda que *florecerá como el narciso* (35,2), pues “brotarán aguas en el desierto y arroyos en la estepa; el páramo se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantial” (35,6-7).

Como ríos que fecundan la tierra

Enlazamos esa última imagen con la que concluíamos el apartado anterior. Los carismas fundacionales se han hecho ríos capaces de fecundar la tierra, más allá de las instituciones religiosas. Pero dependerá de estas, en gran parte, que dichos carismas puedan ser descubiertos y saboreados por otros creyentes. De esta forma, el *resto* se habrá hecho *Familia carismática*, o mejor, quedará integrado y renovado en esta nueva realidad eclesial.

Vita consecrata (1996) dejaba ya entrever este fenómeno: “Se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado” (VC 54). El papa Francisco introduce el Año de la Vida Consagrada (2015) con una carta que dirige “además de a las personas consagradas, a los laicos que com-

parten con ellas ideales, espíritu y misión” y “se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático”⁸.

De fondo está el redescubrimiento de la realidad carismática de la Iglesia, consecuencia directa de reconocer el protagonismo del Espíritu Santo en la evangelización, como ya dijo el Concilio: «El mismo Espíritu Santo no solo santifica y dirige el Pueblo de Dios ... sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición...» (LG 12).

Seguramente nos encontraremos aún con los celosos, los que temen que su carisma sea dilapidado, incomprendido o infravalorado por los recién llegados. A quienes están tentados de esos recelos les vendría bien recordar e imitar la actitud de Moisés frente a la del joven Josué, celoso éste porque algunos israelitas estaban profetizando en el campamento, sin que oficialmente les correspondiera. Moisés no siente por ello amenazada su propia identidad de profeta, por eso responde a Josué: *¡Quién me diera que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su espíritu!* (Núm 11,29). Ese “¡Quién me diera!” no puede quedar reducido a un deseo estéril, sino que ha de proyectarse en una estrategia de reconocimiento y acompañamiento de los laicos que se reconozcan atraídos por el carisma.

La imagen profética de Isaías —“brotarán aguas en el desierto y arroyos en la estepa” (35,6)— tiene aquí su reflejo, donde se proyecta la fecundidad de la que parecía estéril, la vida consagrada, porque, dejándose llevar del Espíritu, ha sido capaz de reconocer el carisma fundacional más allá de sus propias estructuras institucionales, y “reposicionarlo allí donde los diferentes estados de vida pueden asimilarlo en la forma propia de cada vocación personal”⁹.

La comunidad consagrada que acepta su responsabilidad de ser mediadora del Espíritu hace posible que el carisma siga vivo. Por su mediación aparece la Familia carismática, en el contexto de la “misión compartida” que corresponde a la Iglesia-Comunión. Y así, lo que en otro tiempo les hizo a

8 FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados en ocasión del Año de la Vida consagrada*, 21-11-2014, III.1.

9 R. COZZA, o.c., p. 71-72.

los religiosos y religiosas sentirse aparte, diferentes de los demás cristianos, hoy les proporciona la perspectiva para verse como una manera de ser cristianos, incluso coincidentes con muchos laicos que llegan a vivir ese mismo carisma, y al mismo tiempo como su manera peculiar de ser consagrados. Veámoslo a continuación, iluminados por el Segundo Isaías.

Pistas para la reflexión personal y comunitaria

1. Al comienzo de cada apartado hay una breve recensión del Primer Isaías en lo que se refiere al tema concreto del apartado. Puede ser provechoso hacer una lectura “de seguido” de estas recensiones, comenzando por la que inicia el capítulo, y dialogar a partir de ellas: ¿qué nos sugieren, qué signos encontramos para poder interpretar el momento que estamos viviendo, para poder reconocer nuestra historia actual como *historia de salvación*?
2. ¿Cómo nos afecta la conciencia de reducción respecto de la vida religiosa y de nuestra propia institución? ¿Qué actitudes suscita, en positivo o en negativo? ¿Nos sirve como *criterio de lectura de la vida*?
3. ¿Qué hay en todo lo que estamos viviendo que nos invite a revivir nuestra vocación? ¿Cómo podemos describir *la discontinuidad* entre la vida religiosa que encontramos al comenzar nuestro camino vocacional y la que entendemos que hoy el Espíritu está impulsando?
4. “El gusto espiritual de ser pueblo” (EG 268): ¿En qué signos manifestamos que nos sentimos perteneciendo al pueblo, que no nos situamos por encima, que nos preocupa todo lo que atañe al pueblo de Dios?
5. ¿Qué señales reconocemos de que Dios sigue actuando en la Iglesia, recreándola con nueva vida? Y en la vida consagrada, ¿encontramos signos de renovación que nos afectan de alguna manera a nosotros?
 - Nuestra oración por las vocaciones, ¿cómo la juzgamos? ¿Nos compromete? ¿No obliga a discernir en nosotros lo que favorece o dificulta el surgimiento de nuevas vocaciones? ¿Nos hace responsables de nuestra mediación en la transmisión del carisma?

6. Nuestra vida consagrada, nuestra comunidad, nuestra institución, ¿están siendo promotores de una nueva vida vocacional en la Iglesia desde el carisma que nos ha dado origen? ¿Cómo lo favorecemos, o qué nos lo dificulta?
7. “*Cómo nos preparamos para una nueva vida*”: ¿a qué nos suena? ¿Qué significa para nosotros el aceptar convertirnos en raíces? La cita aquí recogida del papa Francisco, en la que, a su vez, cita al poeta húngaro Miklós Radnóti, ¿qué comentario nos sugiere, desde nuestra propia experiencia?
8. *La experiencia de la comunión*: ¿se nos queda en el interior de la comunidad, o hacemos que llegue a las personas con las que nos relacionamos, y en especial, a aquellas con quienes compartimos la misión? ¿La convertimos en propuesta de vida cristiana?
 - ¿Vivimos nuestro carisma fundacional como *lugar de encuentro* con otros creyentes? ¿Qué nos sugiere la imagen del zahorí (apdo.7 b) respecto de nuestra mediación en ayudar a otros para el descubrimiento del carisma en ellos mismos?
9. El hecho de que los carismas fundacionales, el nuestro entre ellos, se hayan hecho más eclesiales y sean vistos como dones que pueden ser compartidos desde diferentes estados de vida, ¿nos parece algo positivo para nosotros mismos? ¿Nos encontramos a gusto con esa perspectiva de compartir el carisma, o nos suscita temores, y cuáles son estos?

SEGUNDA PARTE

UNA VIDA RELIGIOSA
MEDIADORA DEL ESPÍRITU

Nuestro filtro de lectura: EL SEGUNDO ISAÍAS (Is 40 a 55)

El profeta que está detrás de los capítulos 40 a 55 del libro de Isaías vive en la segunda mitad del siglo VI a. C., cuando la época del destierro está tocando a su fin, y más tarde, cuando los primeros que han regresado a Palestina están intentando establecerse, en medio del rechazo o incluso la persecución de otros paisanos suyos.

“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios” (40,1). *Consolación* es la primera clave del mensaje de este profeta. E inmediatamente invita al pueblo a preparar *un camino*, porque el Señor ya viene.

A un pueblo que está sumido en la desesperanza, en el sufrimiento del destierro, el profeta se atreve a anunciarles que la liberación les llega a través de un extranjero, un pagano, Ciro, a quien señala como instrumento y siervo de Dios, lo cual será un escándalo para muchos israelitas. El profeta se encuentra con la resistencia de un pueblo sordo y ciego (43,8), que desconfía de las promesas del Señor: “El Señor se desentiende de mí, Dios no se preocupa de hacerme justicia” (40,27). La miopía de sus ojos les impide ver más allá del momento presente, y el profeta les ayuda a contemplar la historia en su integridad y a reconocer a su Dios como *Señor de la historia*, Él es quien elige a Ciro: “¿Quién lo ha hecho, quién lo ha realizado? El que determina desde sus orígenes el curso de la historia: «Yo soy el Señor desde el principio y lo seré hasta el final».” (41,4).

La situación de reducción, de anonadamiento, aparece como “lugar teológico” en el que Dios está presente, Dios rescata al pueblo para hacer un nuevo éxodo que supera al antiguo. En este éxodo se revela el poder creador de Dios: “No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo. Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis? Trazaré un camino en el desierto, senderos en la estepa” (43,18-19).

Especialmente iluminadores, dentro de su misterio, son los cuatro cantos del Siervo del Señor, que a las primeras comunidades cristianas les sirvieron para comprender mejor la figura de Jesús, el Mesías sufriente y aparentemente fracasado, pero finalmente exaltado por el Padre. En ellos resalta el

protagonismo del Señor, que elige a su Siervo según el plan salvador que Dios tiene desde el principio (42,6). El Siervo actúa como mediador y signo de alianza entre Dios y su pueblo, portador de luz, no solo para Israel sino para todos los pueblos, hasta los confines de la tierra (49,6). El Siervo realiza su labor con mansedumbre, sostenido por Dios y movido por su espíritu (42,1). Vive la experiencia del fracaso y del desprecio, pero su fuerza se halla en Dios. El último de los cánticos (52,13 – 53,12) lleva la reducción del Siervo hasta el extremo: muerto y sepultado. Pero no es una muerte inútil, “no ha sufrido en vano”, “por medio de él tendrán éxito los planes del Señor” (53,10-11). Desde ese abismo lo levanta Dios.

Antes de terminar, el profeta dirige una declaración de amor a Jerusalén en nombre de Dios, en la que le anuncia que su esterilidad no es definitiva, que Dios le dará la fecundidad que a ella ya le parece imposible: “Canta de alegría, estéril, tú que no dabas a luz; ... porque serán más los hijos de la abandonada que los hijos de la casada, dice el Señor. Ensancha el espacio de tu tienda, ... porque te extenderás a derecha e izquierda” (Is 54,1-3).

La fuerza de la Palabra de Dios desborda nuestras previsiones, subraya el profeta, y es a esa palabra a la que hay que estar atento para conocer los planes de Dios, “porque mis planes no son como vuestros planes, ni vuestros caminos como los míos, oráculo del Señor” (55,8).

1. Salir de la autorreferencialidad

Preparad en el desierto un camino al Señor (Is 40,3)

El segundo Isaías está cuajado de caminos: caminos por hacer, caminos que hay que descubrir. Unos son caminos que el pueblo debe preparar para que el Señor llegue (40,3); otros son los que el Señor construye para conducir al pueblo a la libertad (42,16; 43,19; 48,17; 49,11; 51,10); y hay que buscarlos atentamente, porque los caminos del Señor siempre son tan diferentes de los nuestros (55,8-9). No se presenta como tarea fácil: los caminos que el pueblo ha de preparar, al igual que los que el Señor nos ofrezca, se trazarán *en el desierto* (40,3), *en la estepa* (43,19), es decir, serán nuevos, fuera de lo acostumbrado. Y tantas estructuras y tradiciones habrán de modificarse para dejar paso a los nuevos caminos: “Que se eleven los valles, y los montes y colinas se abajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane” (40,4). “Convertiré en caminos mis montes y se nivelarán mis senderos” (49,11).

Y en esa apertura al plan de Dios, el profeta anima a localizar lo esencial, frente a todo lo caduco: “Se seca la hierba, se marchita la flor, pero permanece para siempre la palabra de nuestro Dios” (40,8).

Caminos para el encuentro

Así es la tarea que hoy debe afrontar la vida religiosa: trazar un camino en el desierto, allí donde no hay caminos y todo ha de hacerse nuevo; desmontar los montes y colinas que nos han tenido encumbrados, elevar los valles de nuestras zonas de confort y de tantas situaciones de inferioridad o de comodidad que nos han recluso y apartado de una relación de cooperación entre creyentes, laicos y religiosos. Son caminos para el encuentro, caminos para realizar juntos el plan salvador de Dios, la misión eclesial.

Salir a hacer camino necesita una actitud previa: es la renuncia a la autorreferencialidad. Porque aquí no se trata de que otros se nos acerquen, o que

vengan a vivir nuestro modo de vida, o que se integren en nuestras estructuras... Más bien al contrario, y ahí está lo difícil. Salimos para encontrarnos y hacer camino juntos. ¿Qué tendremos que cambiar, que no sea esencial? “Te marco el camino a seguir” (Is 48,17): Abramos los ojos al cambio de ciclo histórico que está ocurriendo a nivel social, y fijémonos en las grandes pistas que el Concilio Vaticano II ha señalado en el campo eclesial, pistas que la eclesiología de comunión ha ido explicitando y multiplicando en la etapa postconciliar hasta llegar al papa Francisco.

La vida religiosa que hemos heredado está frecuentemente demasiado almidonada por lo accesorio, elevado a la categoría de lo sagrado, con una oración tan formalizada y justificada canónicamente que apenas admite cambios, y con unas estructuras comunitarias sometidas a rígidos horarios que, supuestamente, aseguran la observancia regular. Necesita romper moldes, hacer silencio para poder escuchar al Espíritu, cuya voz se ha quedado ahogada entre tanto ropaje cultural. En el silencio, separados de la hierba seca y la flor marchitada, identificamos lo permanente, la palabra de Dios que se nos ha transmitido en el carisma del Espíritu. Es esta con la que salimos a hacer los nuevos caminos para el encuentro.

Salir a hacer camino requiere practicar *el arte del despojamiento*: de tantos apéndices que se nos han adherido, de formas culturales, ... para comprometerse en *la ascesis del encuentro* y la comunión con los laicos en el Espíritu, en el carisma del que se nos ha hecho mediadores. Y es un arte, porque al mismo tiempo se ha de cuidar de salvar lo que es genuinamente específico de la vida consagrada.

No se trata, pues, de salir a improvisar. Todo lo contrario. En ello nos jugamos lo que nos ha dado la vida y que será también el origen de la nueva vida: el carisma y su transmisión. “La revitalización no es un acontecimiento fortuito. No es algo que le sucede a un grupo, llovido del cielo, no planificado y por sorpresa. La revitalización es el proceso consciente de estar dispuestos a vivir en un mundo nuevo y cambiante, incluso cuando otros no están dispuestos y el mundo no quiere los cambios”¹.

1 Joan CHITTISTER, *Tal como éramos. Una historia de cambio y renovación*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2006, p. 284.

2. Un nuevo paradigma fundamenta nuestra mediación

No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo (Is 43,18)

El Señor de la historia sigue actuando, su plan no se ha extinguido. No estamos viviendo en los residuos de ayer, sino en los albores de una nueva era: este es el tiempo de Dios. Así es el mensaje que el profeta intenta presentar al pueblo que vive en la nostalgia de lo pretérito; le invita a descubrir lo que ya es realidad, aunque solo sea en ciernes, y a poner su atención en lo que está llegando, no en lo que ya se fue: “No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo. Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?” (43,18-19). El pueblo renace porque Dios se ocupa de él: “No temas, pues yo estoy contigo; no te inquietes, pues yo soy tu Dios: yo te fortalezco y te ayudo, y te sostengo con mi diestra victoriosa” (41,10). Los últimos del pueblo atraen de manera especial la atención de Dios: “Los desvalidos y los pobres buscan agua y no la encuentran; su lengua está reseca por la sed. Pero yo, el Señor, los atenderé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré” (41,17).

¿Nos preparamos para lo nuevo?

“Son cosas de hoy, no de ayer, hasta ahora no las escuchaste. Así no podrás decir: «Ya me las sé»” (Is 48,7). La rotundidad del profeta nos sirve para resaltar la novedad de lo que estamos comenzando a vivir. Es un nuevo paradigma el que da fundamento a la mediación que se nos encomienda, la transmisión del carisma.

El paradigma que nos orienta tiene unos rasgos que lo diferencian profundamente del que nos ha tocado vivir en la época anterior al Concilio:

- El marco que le da forma es el de una Iglesia que se siente, ante todo, *Pueblo de Dios*; y por encima de cualquier clasificación y con la misma dignidad, todos sus miembros forman el conjunto de *creyentes en Jesús*,

unidos para construir el Reino de Dios. “Un solo cuerpo, un mismo Espíritu...” (Ef 4,4).

- El centro es solo uno: *Cristo y el evangelio*. No es mi fundador ni mi método, ni mi camino o mi institución, todos ellos en el nivel de las mediaciones o instrumentos en función del centro.
- Reconocemos al *Espíritu Santo* como el principal protagonista de toda la misión eclesial. Él reparte sus carismas, entre ellos los carismas fundacionales, que son dones para la Iglesia y el mundo, y pueden vivirse de diversas formas, en el ámbito religioso o laical.
- La pregunta por nuestra propia identidad, como también por nuestra identidad carismática no empieza por “¿quién soy?”, sino “¿para quién?” (cf. Francisco, *Cristus vivit* 286), y esa pregunta tiende a unificar toda la persona y no solo un aspecto o dimensión de ella.
- De la misma forma, la identidad carismática no se construye en un proceso individualista ni en el aislamiento de los que son diferentes, sino en una interacción comunitaria. Lo central no es el yo sino el *nosotros*, la alteridad. “Estamos invitados a convocar y encontrarnos en un «nosotros» que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades” (*Fratelli tutti*, 78).
- Así como al referirnos a la Iglesia hemos comenzado resaltando el Todo, la Iglesia como Pueblo, con la única finalidad y misión común, con un único Centro y un único Protagonista de la evangelización, así también en este paso del Instituto a la Familia carismática resaltamos la fuente original de la que todos bebemos, *el carisma común y la red o relación* que debe fluir entre los diversos grupos que forman la Familia.
- El cambio de acento de una vida religiosa cultural a una vida religiosa samaritana se proyecta y comparte en la Familia carismática. El carisma fundacional convoca a toda la Familia para ir al encuentro de los que están en las periferias, en los márgenes de la humanidad: allí se aprende a resurgir. Es allí donde se genera la urgencia de la salvación de Dios; y Dios, en su respuesta, apremia la implicación de los que Él llama como instrumentos de su salvación. Dándose a los últimos es como se activa la fuente de energía que volverá a dar vitalidad al carisma fundacional.

¿Cómo interiorizamos este nuevo paradigma?
¿Cómo nos incorporamos a él?

3. Refundarse en el carisma

Mirad la roca de la que fuisteis tallados (Is 51,1)

Unas raíces poderosas están sosteniendo al pueblo de Israel, y el profeta las recuerda porque el camino de liberación que anuncia al pueblo no se hará rompiendo con esas raíces, sino recuperándolas. Las imágenes que emplea llevan esa fuerza que caracterizan la expresión profética: “Mirad la roca de la que fuisteis tallados, la hondura de la que fuisteis extraídos” (51,1); e invita a poner la vista en los patriarcas fundadores del pueblo: “mirad a vuestro padre Abrahán, y a Sara, que os dio a luz” (51,2). En esos orígenes está la elección de Israel, y en ellos queda sellada la pertenencia del pueblo a Dios: “Y ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob; el que te formó, Israel: No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre y eres mío” (43,1).

La vuelta al amor en la madurez

La expresión poética en este apartado hubiera sido “La vuelta al amor primero”. Pero opto por una expresión más realista. Cada edad y cada momento de la vida tiene su modo de vivir y expresar el amor. Me parece más adecuado: *la vuelta al amor en la etapa de madurez*. De lo que se trata es de reavivar la conciencia de una relación entrañable con Dios, que posiblemente se ha quedado enmarañada a través del tiempo en una selva de formulaciones doctrinales, justificaciones ideológicas y rutinas. En esa relación va el realismo de nuestras debilidades, de nuestras frustraciones asumidas, de sabernos llevados por Dios en un camino que no coincide con el de nuestros deseos. No es el amor expresado en el fuego juvenil, pero sí en el abandono confiado en quien nos lleva en sus manos y a quien pertenecemos, porque *de la hondura de su amor fuimos extraídos*.

Recuperar esta relación de amor es condición esencial para participar de la nueva vida que el Espíritu está suscitando en la Iglesia-Comunión. Para cada Instituto en particular es un reto y es también una responsabilidad,

porque sin cumplir esa condición no logrará ser mediador en la transmisión de su carisma fundacional a las nuevas generaciones, y más concretamente a los laicos que pudieran sentirse llamados a participar en él.

La anemia espiritual, en unos casos; la profesionalización desprovista del testimonio, en otros; la autorreferencialidad, que pone por delante el prestigio de la institución; la ideologización del carisma, separado del Evangelio y de la Iglesia a los que ha de referirse... son obstáculos reales y actuales que están impidiendo hoy a buena parte de la vida religiosa la refundación en el carisma, *la vuelta al amor en la madurez*.

Refundación es eso: dejarse tallar de nuevo en *la roca de la que fuimos tallados* en nuestros orígenes, recuperar *la hondura de la que fuimos extraídos*, revivir la experiencia de sentirse tocados por las heridas de la humanidad y de la Iglesia, escuchar las llamadas del Espíritu a encontrar nuevas respuestas más allá de las estructuras que tenemos heredadas, volverse al corazón del Evangelio para conectar con lo que movió a nuestros fundadores a afrontar su experiencia fundacional, y ser capaces de sintonizar esta conversión con la que la propia Iglesia está realizando para recuperar su identidad de *comunión para la misión*². Solo cuando estamos reviviendo ese dinamismo de refundación podemos sentirnos capacitados y legitimados para ser mediadores del Espíritu en la transmisión del carisma a los recién llegados. De lo contrario, lo único que transmitiremos será la ideología del carisma³.

La recuperación de lo esencial

Un carisma que ha sido vivido tradicionalmente sólo en la vida consagrada, es lógico que toda su carga cultural, lenguaje, experiencias, símbolos... estén muy ligados al contexto de la vida consagrada. Antes de aplicarlo a la vida laical habrá que hacer un esfuerzo por identificar el núcleo esencial que lo

2 Cf. J. CASTELLANO, *Replantear el carisma y los carismas de la vida consagrada desde la misión compartida: forma de vida y misión*. B. FERNÁNDEZ y F. TORRES (EDS.), *La misión compartida*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2002, pg. 135-141.

3 Cf. L. BRUNI, o.c., p. 25.

sustenta, que siempre estará referido al Evangelio, al seguimiento de Cristo, a la pasión por el Reino, a la vivencia del misterio de comunión eclesial. Este *núcleo carismático* está más allá de las formas de vida cristiana en las cuales se hace visible y se experimenta⁴.

La recuperación de dicho núcleo esencial ha de hacerse a la luz del itinerario evangélico de los fundadores, identificando en el mismo las experiencias de vida donde se produce la irrupción del carisma en modo más evidente. Simultáneamente, religiosos y laicos intentan identificar en su propia experiencia, en su propio itinerario de vida, este núcleo esencial común a unos y otros, y se dejan confrontar los unos por los otros para diferenciar el carisma de cualquiera de los proyectos o formas de vida en que, históricamente, se ha concretado. De esta forma todos los participantes quedan convocados a la responsabilidad de llegar a ser, juntos, el rostro del evangelio que el carisma ofrece a la Iglesia.

Recuperar las raíces originales y vivirlas en el nuevo ecosistema socio-eclesial. O, si se prefiere una imagen más “constructiva”, identificar los auténticos cimientos que nos fundamentan, y sobre ellos edificar un “hábitat” que pueda ser reconocible en el nuevo contexto socio-eclesial. Raíces y cimientos nos remiten al carisma fundacional y al núcleo de una identidad que, más que nunca, es “contextual”, pues se desarrolla en la comunión con otras identidades que participan en el mismo carisma desde proyectos vitales diferentes, y con las cuales comparte la misma misión.

Una visión vocacional del carisma

Refundarse en el carisma es también, para las personas consagradas, afirmarlo como el origen y la raíz de su vida consagrada, de su vocación religiosa, que representa el modo particular de realizar el seguimiento de Cristo en un proyecto de vida, comunitario e institucional. La realización de este proyecto existencial las capacita para llegar a ser *expertas en comunión y guías de*

4 Cf. SICARI, Antonio M.: *Gli antichi carismi nella Chiesa. Per una nuova collocazione*. Jaca Book. Milano 2002, p. 58-66.

espiritualidad (VC 46 y 55.3) al servicio del pueblo cristiano y, sobre todo, las hace *signos y profetas* de aquel mismo carisma que las une a muchas otras personas. Esta *visión vocacional* del carisma les será necesaria para que, en su mediación transmisora a los laicos, puedan ayudarles a estos a vivir vocacionalmente su identificación con el carisma.

En esa complementariedad de vocaciones dentro de un mismo carisma las personas consagradas aprenden a renunciar a la seguridad y quietud del “estado de perfección” y de la separación de lugares donde realizar la vida cristiana, para optar por la tensión que lleva consigo el dinamismo de la comunión y la convivencia de proyectos existenciales diferentes, al servicio de la misión común. Renuncian a su protagonismo e impulsan el de los laicos, haciéndose colaboradoras de estos, sin dejar por ello de aportar lo que corresponde a su propia identidad religiosa y profética.

4. En la vulnerabilidad de una relación fraterna

...*Para que sepa sostener con mi palabra al abatido (Is 50,4)*

Los poemas del Siervo que encontramos en el segundo Isaías nos hablan de una relación íntima, profunda, entre el Señor y su Siervo, pero también de la relación que revela el significado de la figura del Siervo, pues este no existe para sí o en función de sí mismo, sino para el pueblo, para la humanidad: “Hice de ti alianza del pueblo y luz de las naciones” (42,6). El Siervo es “alianza”, es relación, es comunión. Y no será una función fácil, sino conflictiva, causa de sufrimiento para el Siervo. Habrá de aprender a realizarla, con la palabra oportuna, pero también con el oído atento: “El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que sepa sostener con mi palabra al abatido. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor me ha abierto el oído, y yo no me he resistido ni me he echado atrás” (50,4-5).

La renuncia a la inmunidad

El dinamismo de la comunión al que nos hemos referido en la nueva relación de religiosos y laicos incluye y requiere la *vulnerabilidad*, la disposición de dejarse herir por los problemas, las heridas y la debilidad de los otros. Sin ella no habrá relación profunda entre unos y otros. La institución, con sus estructuras, sus defensas, sus barreras, nos protege de los roces de los que no pertenecen a ella: nos hace *inmunes*. Pero cuando la institución rompe sus barreras y salimos al encuentro de los diferentes para construir una nueva fraternidad, entonces perdemos la inmunidad, cada cual se hace vulnerable a los otros. “La fraternidad es anti-inmunitaria”⁵.

Quizá la característica más sorprendente en la figura del Siervo en los cuatro poemas del segundo Isaías es precisamente su vulnerabilidad, que va de la mano con su profundo respeto por la vulnerabilidad ajena: “No romperá

5 L. BRUNI, *o.c.*, p. 38.

la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue” (Is 42,3). La vida consagrada se hace vulnerable y débil al entrar en ese dinamismo de comunión al que le conduce el compartir el carisma fundacional con los laicos. Su tentación será refugiarse tras sus estructuras bien afianzadas por la tradición, e intentar “conformar” lo laical desde su sistema religioso.

Pero los carismas fundacionales no son siervos de tales estructuras, ni su vitalidad y operatividad dependen de ellas. Los laicos que entran en sintonía con el carisma han de encontrar sus propias formas de encarnarlo, y el o los Institutos religiosos han de hacer con el laicado este camino de refundación en la fraternidad, apoyando y sosteniendo, colaborando en el discernimiento y prestando oído atento a las sugerencias e interpelaciones que llegan del laicado.

La gestación de una Familia carismática ha de tener entre sus iconos referenciales el del Siervo, llamado a ser *alianza* desde una actitud de vulnerabilidad. La Familia carismática es nueva ocasión de vida y de hacer efectiva la comunión, en una nueva forma de relación entre las diversas formas de vida cristiana. Y un nuevo *modo de ser* ha de proyectarse en un nuevo *modo de relacionarse*. En la Familia las personas consagradas encuentran un medio privilegiado de vivir la experiencia de estar *junto* a los otros cristianos y *en función* de ellos, al servicio de la común y única misión eclesial.

5. La transmisión del carisma

He puesto sobre él mi espíritu (Is 42,1)

“¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y proclama la salvación!” (52,7). “Venid por agua todos los sedientos; venid aunque no tengáis dinero. ... Sellaré con vosotros una alianza perpetua” (55,1.3). La imagen poética de los pies del mensajero realza la importancia y la excelencia de la buena noticia que proclama. Es una gran noticia, porque será como un nuevo éxodo que culmina con una nueva alianza.

Se anuncia a todo el pueblo, pero se invita en especial a los sedientos, a los que buscan; y se da gratuitamente. Los dones que se anuncian, la liberación, la paz, la edificación de un futuro de prosperidad... van precedidos y vivificados por algo más profundo, que es el espíritu que el Señor infunde a su Siervo: “He puesto sobre él mi espíritu” (42,1), del que se beneficia también el pueblo: “Derramaré mi espíritu sobre tu estirpe, mi bendición sobre tu descendencia” (44,3).

5.1. La experiencia del Espíritu

Esa descripción que el profeta hace del mensajero nos parece muy apropiada para aplicarla a la comunidad consagrada que sale de su reducto para compartir y transmitir su carisma fundacional a todos aquellos laicos con los que comparte la misión o que desean hacerlo.

La comunidad sale al encuentro de las personas, las acepta como son, se solidariza en sus necesidades, se implica en el logro de su felicidad, les facilita la formación y las motivaciones necesarias para encontrar sentido y valor a lo que hacen, las hace corresponsables en la misión común. La comunidad comunica su experiencia interna de fraternidad, su sensibilidad ante las necesidades que reclaman su misión, su experiencia de espiritualidad. Y

mientras la comunidad “se da”, muchos de los beneficiados irán intuyendo lo que está dando vida a esa donación, el carisma.

Nos ayuda a entenderlo un cuento de Anthony de Mello: “Un monje encontró una piedra preciosa y se la llevó. ... Se la entrega luego a un viajero que se la ha visto y se la pide. ... El viajero vuelve a devolverle la piedra y le dice: “Ahora dame algo más valioso que esta piedra: dame lo que te ha permitido desprenderte de ella y regalármela”⁶.

En el fondo, el generador de todo ese dinamismo es el carisma fundacional, que no es sino *experiencia del Espíritu*. En 1978 el documento vaticano *Mutuæ relationes* definía así el carisma originario o “de los orígenes” o “de los Fundadores”: “El carisma de los Fundadores se revela como una *experiencia del Espíritu*, transmitida por ellos a los propios discípulos, para ser vivida, custodiada, profundizada y constantemente desarrollada, en sintonía con el Cuerpo de Cristo en continuo crecimiento” (n. 11).

Es el Espíritu quien despierta nuestra atención a *una realidad externa* de necesidad o carencia. Pero siempre desde *una actitud interna*: la contemplación del designio salvador de Dios, que hace de nosotros sus instrumentos. La acción del Espíritu nos hace sentirnos *impresionados* ante esa realidad, nos impulsa a *reconocerla* como llamada de Dios y nos mueve a dar una respuesta creativa desde una perspectiva del Evangelio inspirada también por Él.

La *experiencia del Espíritu* vivida por los fundadores se reproduce en sus seguidores, en formas variadas y con distinta intensidad. Y esta experiencia va a dar lugar a diferentes proyectos. O también: se va a verter en diferentes recipientes, de vida religiosa y laical, que le darán forma y apariencia diversa.

El carisma fundacional estimula a cada miembro de la comunidad a descubrir los diversos dones que el Señor le ha concedido *para la misión*, para dar con ellos testimonio del amor de Dios: la vida, la educación recibida, la preparación personal, tales cualidades o habilidades, la capacidad de entrega

6 Citado por R. COZZA, o.c., p. 11. El cuento completo en *El canto del pájaro*, Sal Terrae, Santander 1996, p. 182.

y generosidad...; o dones especiales como el *discernimiento de los espíritus*, o el celibato por el Reino (cf. Mt 19,12), o el saber hacer del *matrimonio* un proyecto “a dos” para el compromiso.

En el interior de la Familia carismática las personas consagradas aprenderán a ser complementarias en la misión compartida que todo el conjunto realiza, y a dejarse complementar por los demás. Y se preocuparán sobre todo por aportar lo que caracteriza en particular su identidad religiosa, para recordar a toda la Familia aquella convicción que la Iglesia ha adquirido sobre sí misma, y que es igualmente válida para la Familia, que su *razón de ser, su vocación, su identidad más profunda, es evangelizar* (cf. EN 14); que existe para la misión, y que cualquier otra acción u objetivo que incluya su proyecto habrá de tener como meta definitiva el servir mejor a la misión. Su presencia ha de ser memoria viva para todos de que “la misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (EG 268).

5.2. ¿Qué papel juega la figura de los Fundadores en la transmisión del carisma a los laicos?

Los Fundadores son como los puentes del Espíritu, elegidos por Este para hacer pasar sus carismas fundacionales a la Iglesia. Son como el mensajero cuyos pies sobre los montes califica poéticamente el Segundo Isaías (52,7). No son el mensaje ni están por encima de él, pues toda su función es transmitirlo. Ellos y ellas han tenido un papel fundamental en la recepción de dichos carismas, y han vivido de un modo especial la experiencia de inmersión en el misterio de Cristo según la luz nueva que sobre él proyecta el carisma en cuestión. Se espera que sean capaces de comunicar esa experiencia privilegiada a sus discípulos.

Después del fundador o fundadora, quien se sienta llamado a participar en este mismo carisma ha de pasar también por la experiencia de entrar en el misterio de Cristo bajo la luz particular que proyecta el carisma fundacional y vivirlo a su modo, nunca como una copia. Luego, en comunión con los otros compañeros de carisma, juntos podrán reflejar este particular rostro

de Cristo para la Iglesia y el mundo⁷. Y la configuración con Cristo va de la mano con la construcción del Reino de Dios: construirlo y dejarse moldear por él, siempre desde la perspectiva o misterio que el carisma realza.

En la transmisión del carisma a los laicos la figura del fundador sigue teniendo ese puesto referencial. No se trata de conocer muchos datos de su biografía o de la historia del Instituto. Más allá de una simple admiración, devoción o afecto, la relación del laico con el fundador ha de manifestarse en una sintonía o consonancia con la experiencia de vida descubierta en el fundador. Desde esa sintonía el laico llega a referirse al fundador como *nuestro* fundador, maestro y guía en el camino de desarrollo del carisma. Sin olvidarse de la comunidad inicial que se formó en torno al fundador, y que frecuentemente ejerció un gran influjo sobre su persona.

7 Cf. SICARI, A. M., p. 29-34.

6. Proponer una actitud vocacional

Prestad atención, venid a mí; escuchadme y viviréis (Is 55,3)

“Porque mis planes no son como vuestros planes, ni vuestros caminos como los míos, oráculo del Señor” (55,8). El profeta invita al pueblo a reconocer su cortedad de miras y aceptar que el plan de Dios no se reduce a lo que alcanzan nuestras expectativas, sino que suele estar muy lejos de ellas. Es necesario prestar atención a los signos que el Señor nos da, vivir en actitud de búsqueda, a la escucha de su palabra. “Buscad al Señor mientras se deja encontrar” (55,6). La nueva alianza que el Señor ofrece a su pueblo depende de que este sea capaz de dejar de lado lo que ahora le ocupa -“¿Por qué gastáis el dinero en lo que no sacia...?” (55,2)- y abrirse a la palabra del Señor: “Prestad atención, venid a mí; escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua...” (55,3).

El texto profético del Segundo Isaías culmina en este mensaje de conversión, de cambio, en la urgencia de encontrar los caminos del Señor, tan diferentes de los nuestros, y adaptarse a ellos: “Cuanto dista el cielo de la tierra, así mis caminos de los vuestros, mis planes de vuestros planes” (55,9).

Personas poseídas por el carisma

La transmisión de un carisma no puede confundirse con la invitación a entrar en unas estructuras o a aceptar unos modos de conducta, de usos, de expresiones, de rutina, a lo cual se reduciría la entrada en una institución, incluida la Familia carismática, si no se pone por delante la actitud vocacional. Esta requiere la iniciativa y la creatividad del sujeto y de la comunidad. La vitalidad del carisma dependerá de que la actitud vocacional se mantenga viva en cuantos vienen a integrarse en la Familia.

Es una actitud de escucha hacia el Protagonista en la misión de la Iglesia y, por tanto, de la Familia carismática, el Espíritu Santo. La conciencia de ser

poseído por el carisma fundacional ha de suscitar la inquietud de ser fiel, no a unas estructuras heredadas, sino al dinamismo que el carisma promueve incesantemente entre quienes lo viven. La acción del Espíritu despierta y reaviva nuestra sensibilidad ante determinadas situaciones, carencias, necesidades... Nos abre los ojos ante esas personas o circunstancias donde se manifiesta la urgencia del amor de Dios, y nos ayuda a descubrir en nosotros todos aquellos dones mediante los cuales podemos dar una respuesta positiva.

La zarza ardiendo en la ladera del monte solo es reconocida por quien lleva dentro esa misma zarza. Moisés llevaba ya dentro la angustia por la esclavitud de sus hermanos en Egipto, cuando tiene aquella experiencia en el monte Horeb. La zarza ardía dentro de Moisés, pero tiene que reconocerla como la llamada y el envío de Dios a liberar a sus hermanos. Quien descubre un carisma, si se siente atraído por él es porque ya lo lleva en su interior.

Quien hace la función de “transmisor” ha de adoptar la pedagogía que se revela en el pasaje del Éxodo (3,1-4,17) que hemos mencionado: despertar la sensibilidad ante las esclavitudes y necesidades, para reconocerlas a continuación como *tierra sagrada*, lugar en que Dios mismo espera ser socorrido, lugar en el que experimentamos que Dios cuenta con nosotros, nos envía, al tiempo que nos promete: “Yo estaré contigo” (Ex 3,12). Luego viene el caer en la cuenta de nuestras posibilidades, los dones con los que podemos dar una mejor respuesta; y advertir que, a nuestro lado, está nuestro hermano Aarón, en quien nos podemos apoyar y con quien nos podemos complementar. El carisma fundacional nos integra siempre en una Familia, con quien llevamos a cabo la misión, nunca en solitario.

Son estas motivaciones las que han de estar presentes en la comunicación de un carisma, no los incentivos de la organización institucional o las necesidades de la gestión empresarial de las obras que dirige el Instituto religioso. No se trata de dar continuidad a las obras, por buenas y provechosas que sean, sino de suscitar personas *vocacionadas*, poseídas por el carisma, capaces de ser levadura y memoria del mismo en las obras que ya existen, y con atrevimiento creador para generar nuevas respuestas que replantean esas obras o inventan otras al margen de las existentes⁸.

8 Cf. L. BRUNI, *La destrucción creadora*, pp. 44-45.

La persona que comienza a seguir un carisma o lleva tiempo siguiéndolo, ha de poder verse a sí misma de un modo nuevo, en una vocación que se re-crea porque urge a la persona a preguntar al Espíritu por sus caminos, y estos nunca son rutinarios, están desafiando siempre su libertad y creatividad.

7. Procesos de cambio

Ensancha el espacio de tu tienda (Is 54,2)

El Señor de la historia tiene su plan, no actúa a la ligera. El profeta lo repite una y otra vez e invita al pueblo a que confíe en el Señor porque no lo defraudará: “Entonces sabrás que yo soy el Señor y que no defraudo a los que esperan en mí” (49,23). Su plan de salvación no se limita al pueblo de Israel, sino que se ofrece a las demás naciones: “Libraré con poder a las naciones, y a los pueblos lejanos que esperan y confían en mí” (51,5). Y aunque no sea fácil reconocerlo, el Señor está presente, caminando a su lado: “Pero llegará un día en que mi pueblo me reconocerá, y sabrá que era yo quien le hablaba, y que estoy a su lado” (52,6). Su siervo actúa como mediador, realizando su plan, aunque los demás lo desprecien: “Por medio de él tendrán éxito los planes del Señor” (53,10). El pueblo está urgido a entrar en los planes del Señor, que rompe con las viejas estructuras y los horizontes estrechos: “Ensancha el espacio de tu tienda, ... alarga tus cuerdas, porque te extenderás a derecha e izquierda” (54,2-3).

7.1. Procesos para hacer camino, paso a paso

¿A dónde apuntan los planes del Señor? Si ya reconocemos que en su plan está la participación de los carismas fundacionales por parte de los creyentes de diversas formas de vida, y el desarrollo de las Familias carismáticas en la Iglesia-Comunión, ¿qué procesos deberán poner en marcha e impulsar, las comunidades e Institutos religiosos, si quieren ser sujetos activos en la generación de la nueva vida eclesial?

Pero los procesos de cambio incluyen a la propia institución religiosa, que deberá preguntarse al mismo tiempo: *¿Cómo nos afecta a las personas consagradas el cambio que se está produciendo, la vida eclesial que está naciendo, la expansión de nuestro carisma fundacional en nuevas vocaciones que lo viven de diferente manera a la que ha sido tradicional? ¿En qué nos va a hacer cambiar?*

¿Qué estructuras nuestras pueden (o deben) resultar afectadas? ¿Qué nuevas estructuras habrá que ir creando para facilitar el desarrollo de la nueva vida?

Esas preguntas las ponemos sobre la mesa con una actitud abierta al plantearnos qué hemos de hacer en el presente para que el futuro pueda existir. La respuesta no está en acciones aisladas, sino en procesos que permitan hacer camino, paso a paso. Y el camino no se traza por declaraciones capitulares que vienen de arriba abajo y adornan los grandes documentos del Instituto. El camino se materializa gracias a las decisiones que se sitúan donde está la vida: en el encuentro de las personas, en la vida comunitaria, en la creación y acompañamiento de grupos, en el desarrollo de itinerarios formativos, en la preparación de formadores laicos, en la creación de nuevas estructuras de animación que permitan una auténtica corresponsabilidad de los laicos.

Toda decisión, por audaz que sea, no ahorra el tiempo necesario. Los procesos que hacen camino necesitan tiempo, porque tienen como objetivo la transformación o conversión de la persona, el cambio de actitudes, la adquisición de valores, el desarrollo de capacidades. Las personas necesitamos tiempo para cambiar, para solidarizarnos, para entrar en comunión, para aprender, para reconocernos parte de una historia, para sentirnos integradas en un conjunto humano, para hacernos corresponsables en la animación de la misión...

Por eso, las decisiones más eficaces son aquellas que ponen en marcha procesos de cambio en las personas y en las instituciones. Y los cambios culminan en actitudes, comportamientos y nuevos modos de vivir la comunión para la misión, tales como los siguientes:

- Los laicos participan y se integran en las relaciones de comunión y de pertenencia entre las personas y las comunidades. Y las personas consagradas estimulan la comunión abriendo sus comunidades a la participación de los laicos e integrándose en acciones conjuntas con los demás miembros de la Familia, sin protagonismos innecesarios.
- Los laicos se identifican con el carisma, ahondan en la espiritualidad, participan en procesos de formación conjunta con las personas consa-

gradadas. Y estas reconocen y valoran otras formas de vivir el carisma, diferentes a la vida religiosa, al tiempo que reciben positivamente las aportaciones de los laicos en la vivencia del carisma y de la espiritualidad.

- Los laicos se sienten urgidos a responsabilizarse y a discernir la misión; y juntamente con las personas consagradas deciden las respuestas y los recursos que se han de utilizar. Es decir, se hacen corresponsables de la misión, así como de la fidelidad creativa con que se ha de vivir el carisma. Y esa corresponsabilidad de unos y de otros se manifiesta en las diversas estructuras que se establezcan con ese fin en la Familia carismática, en las que unos y otros puedan participar en igualdad de voz y voto.

7.2. Tres corrientes dinámicas

Estos cambios son los que conforman el horizonte en el cual toma cuerpo y se hace posible el futuro de nuestras Familias carismáticas. Pero eso no se da por generación espontánea. El camino que nos conduce a ese horizonte está impulsado por tres corrientes dinámicas, tres procesos que se trenzan entre sí, pues no son sucesivos sino simultáneos y se apoyan mutuamente: *proceso de comunión, proceso de identificación con el carisma y proceso de compromiso con la misión*. En cada uno de ellos hay que invertir para obtener el fruto deseado.

- En el primero invertimos en *relación* (en “crear lazos”, según decía el zorro al Principito en la obra de Saint-Éxupéry) y se obtiene *pertenencia*.
- En el segundo invertimos en *acompañamiento y formación* y se obtiene *identidad*.
- En el tercero invertimos en *animación compartida de la misión* y se obtiene *corresponsabilidad*.

Veamos cada uno de ellos por separado:

a) El primero es el proceso de comunión

Consiste, básicamente, en un trabajo artesanal de creación de lazos; así se va tejiendo la Familia carismática y se pone la base afectiva de la identidad colectiva por la que cada uno se siente parte del sujeto *Nosotros*. Se trata de establecer lazos que crean relación, lazos que facilitan el acercamiento de las personas, el mutuo conocimiento, la comunicación de la experiencia y la celebración de la fe.

Se comienzan a tejer en el momento de la acogida, cuando una persona llega para integrarse en cualquiera de las obras de la institución, sea como trabajador, voluntario o beneficiario directo. Ha de poder sentir la comunión: que no ha entrado solo ni prioritariamente en un lugar de trabajo o una estructura organizativa, sino en una relación interpersonal, donde la persona es lo primero.

La creación de lazos ha de continuar todo el tiempo, en el acompañamiento y en la formación, estimulando el sentimiento de mutua pertenencia y solidaridad entre las personas que van formando la Familia carismática. Los lazos se crean de abajo hacia arriba, pasan por la relación entre los grupos próximos, entre las comunidades que forman la Provincia: la comunidad religiosa que se abre y facilita la participación de los laicos en sus diversas actividades; la comunidad de laicos que desarrolla su propio proyecto y comparte con la comunidad religiosa; y la comunidad mixta, formada por religiosos y laicos, con un proyecto común que respeta y facilita el compartir la riqueza de las identidades diferentes.

Y de esta forma la Provincia o demarcación territorial deja de ser la Provincia religiosa, aunque incluya esta, pero se amplía con los grupos y comunidades de laicos y con las comunidades que integran a laicos y religiosos.

b) El segundo es el proceso de identificación con el carisma

Requiere acompañamiento personal y formación. No es equivalente a “aprendizaje” de conocimientos que tienen que ver con la historia de la ins-

titución o de los Fundadores o con características de la espiritualidad. Todo esto es bueno en su momento y en su medida, pero no es lo que determina el proceso de formación en el carisma.

Es la *adquisición de una identidad*, lo cual exige la transformación de la persona, que comienza justo en el punto y momento existencial en que ella se encuentra.

Es un itinerario en el que deben entrelazarse estos tres hilos:

- el desarrollo de *experiencias vitales* en las que se condensa o manifiesta el carisma, y que normalmente se localizan en la vida del fundador o fundadora y en el “*mito inicial*” o historia fundacional que ha dado origen a la identidad colectiva de esta Familia;
- *el proyecto* que realiza la respuesta a la misión, y donde identificamos las claves para que podamos actualizarlo en nuestra época e Iglesia;
- y *la espiritualidad* que da sentido al proyecto, nos permite valorar la misión como obra de Dios, y a nosotros como mediadores e instrumentos de Dios en su obra de salvación.

c) El tercero es el proceso de compromiso con la misión

Va de la mano de los dos anteriores y depende fuertemente de ellos. Promueve la *corresponsabilidad*. Es un aprendizaje en el cual las personas, animadas e identificadas con el carisma fundacional, descubren su protagonismo en la misión y lo asumen creativamente. Así llegan a plantear su compromiso en la comunión y en la misión.

Cuando hablamos de “compromiso” respecto de un carisma fundacional nos referimos, sobre todo, a la dimensión que marca la vida en profundidad, aunque se puede vivir en mayor o menor intensidad. No se refiere a la dedicación de un tiempo o un esfuerzo particular. Es una opción de vida, un planteamiento vocacional que asume los objetivos del carisma respecto de la misión, así como los valores que promueve. Se hace desde la situación

humana específica en que se encuentra la persona (y esto incluye las limitaciones de salud, el proyecto de pareja o de célibe, las múltiples obligaciones familiares, etc.) y no a pesar de ella.

Pero este proceso personal debe ir acompañado, a nivel institucional, con el desarrollo de estructuras de discernimiento, de acompañamiento, animación y decisión en que laicos y religiosos se unan en igualdad de condiciones. No vale aplicar las estructuras de animación y gobierno propias del Instituto para la animación y gobierno de la Familia carismática.

7.3. ¿Cómo abordar las decepciones en el camino?

Lo más difícil de un proceso, como de un camino, no es comenzarlo, sino perseverar en él, aunque haya fallos. La decepción puede venir porque se confiaba en personas que, en un determinado momento, no han respondido positivamente o se han ido. O porque esperábamos que los resultados fueran en menos tiempo o más evidentes. O porque el personal religioso parece desentenderse de todo el proceso. O por tantos otros motivos.

Hay que tener paciencia con las experiencias, dar tiempo a que calen en las personas, hacer posibles las segundas oportunidades, volver a empezar con quien se asoma al camino. Las reacciones o resultados negativos no son, por sí solas, razones para desechar el proceso, sino para interrogarnos por sus causas y producir las correcciones necesarias, identificar los obstáculos y ver cómo corregirlos, considerar si las metas son adecuadas, ajustar las etapas del proceso. Y no caer en el error de “volver a lo de siempre”, lo que da seguridad.

El avance en estos procesos de transformación de las personas nunca es lineal, sino “en sierra”: se avanza un poco, se retrocede o se estanca otro poco, se necesita otro impulso... El discernimiento debe hacerse habitual e incluir en él lo más posible a todos los agentes del proceso.

8. La transmisión del carisma a los no-cristianos

Yo en persona le hablé y lo llamé (Is 48,15)

Es sorprendente el papel preponderante que se atribuye a Ciro en todo el Segundo Isaías, como instrumento elegido por Dios para la restauración del pueblo de Israel. Quizás esta insistencia del profeta se explique por el rechazo o repugnancia de muchos israelitas a aceptar la elección divina de un extranjero (cf. 45,9-13), alguien que ni siquiera conoce al Dios de Israel: “Te llamé por tu nombre, te di un título aunque no me conocías. ... Te he dado autoridad, aunque no me conoces” (45,4-5); o por la reflexión teológica posterior al exilio, sobre la importancia que esta figura ha tenido en la liberación de Israel. Unas veces se le nombra explícitamente, poniendo las palabras en boca de Dios: “Digo a Ciro: Tú eres mi mayoral (el pastor de mi rebaño). Él cumplirá mi voluntad” (44,28). “Yo he hecho surgir a Ciro para liberaros, y voy a allanar todos sus caminos” (45,13). Otras veces, sin nombrarlo, se habla de él claramente por sus acciones (41,1-5; 48,14-15).

Pero lo que llama más la atención es la relación personal de amistad que Dios establece, por iniciativa propia, con este personaje, extranjero y pagano: “Así dice el Señor a Ciro, su ungido: Te he tomado de la mano ... Caminaré delante de ti” (45,1-2). “Mi amigo cumplirá mi voluntad ... Yo en persona le hablé y lo llamé; yo lo he traído y tendrá éxito” (Is 48,15).

Para entender esta relación tan especial, el profeta nos proporciona el contexto. Nos habla de un Dios, “el primero y el último” (48,12), que conduce la historia, toda ella; que está presente en todos los acontecimientos, no causándolos, pero sí sirviéndose de todos ellos: “Mis planes se cumplirán, realizaré mi voluntad” (46,10). El plan de Dios es “que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra” (49,6). Si elige en particular a un pueblo es para que sean sus testigos (43,12) de la salvación que ha de llegar a todos. Pero Él no se circunscribe a su propio pueblo, sino que elige sus testigos y enviados en cualquier otro lugar y entre cualquier tipo de gente. Ciro es su señal.

Un Espíritu que no reconoce fronteras

Más allá del papel histórico que tuvo la figura de Ciro en la recuperación del pueblo de Israel tras su destierro, el mensaje del profeta desborda las expectativas de tantos creyentes de ayer y de hoy que viven refugiados y seguros en los muros de su Iglesia; y hace añicos la imagen excluyente de un pueblo que, más que ser elegido, se había apoderado de Dios; y de una Iglesia cristiana que, en lugar de sentirse instrumento y signo de la alianza de Dios con todo el género humano, piensa limitar la acción santificadora de la Trinidad a sus propios fieles bautizados.

No hay fronteras para el Espíritu Santo. Y una prueba de ello la tenemos en los carismas fundacionales: son esos *ríos del Espíritu* que han desbordado los muros de los Institutos religiosos, pero que tampoco se limitan a las fronteras oficiales de la Iglesia católica ni de las Iglesias cristianas. Son constructores del Reino y conectan con las profundidades del ser humano para rescatar, valorar y potenciar todo lo que favorece su realización, todo lo que puede hacer un mundo mejor. No se limitan a aspectos religiosos y no son propiedad de las Iglesias. Los dinamismos del Espíritu Santo podemos encontrarlos en cualquier persona, al margen de cualquier religión o en concordancia con cualquiera de ellas.

El Concilio Vaticano II daba base a esta reflexión con lo que llamó las *semillas del Verbo* (Ad gentes, 11.2, 15.1), que se pueden encontrar en las otras culturas y en las otras religiones. Muchos elementos que los cristianos relacionamos con el mensaje del Verbo encarnado, Jesucristo, están ya como semilla en otras culturas y religiones, y podemos reconocerlos en personas no cristianas.

A poca experiencia que hayamos tenido con personas procedentes de otras religiones y humanismos, nos habremos dado cuenta de que, cuando entran en contacto con sistemas de valores o escuelas de espiritualidad de raíz cristiana, se sienten a gusto en ellos porque encuentran reflejados o realzados muchos de los valores y de las aportaciones de sentido que están también presentes, explícita o implícitamente, en su propia religión o en su propio sentido de la vida.

Si partimos de un carisma fundacional que ha sido vivido en una tradición explícitamente cristiana y, más concretamente, en la vida religiosa, necesitaremos poner en evidencia los “estratos” que componen internamente ese carisma, para no confundir este o reducirlo al revestimiento de la cultura cristiana o religiosa en que se ha expresado hasta ahora, y para poder comunicarlo en lo que es perceptible desde lo más profundamente humano.

Pongamos un ejemplo concreto, desde la experiencia más próxima al que esto escribe, de cómo un carisma fundacional dedicado, en este caso, a la educación humana y cristiana de los jóvenes, especialmente de los pobres, puede ser compartido con educadores de diversa orientación religiosa y humanista.

- Encontramos un primer estrato que es esencialmente humano o “humanista”. Se refiere, por ejemplo, a la valoración absoluta que hace de la persona del alumno, más allá de las cualidades o defectos que éste tenga, y cuyas necesidades son percibidas como llamadas para el educador. La espiritualidad desarrollada por este carisma subraya el misterio de la persona, la cual es capaz de superar su realidad presente, está dotada de libertad y puede decidir entre el bien y el mal. Resalta la relación de solidaridad en la que hay que educar a los alumnos y la atención especial que merece quien es más pobre. Presenta al educador como mediador en el desarrollo integral del alumno, y recuerda a aquel que su aportación más importante a la educación del niño no consiste en los conocimientos teóricos sino en un modo de vivir, el cual se transmite por el ejemplo, más que por las palabras.
- El segundo estrato da significado religioso al anterior y revela la relación de la persona del alumno y la persona del educador con Dios. Cada uno podrá traducir en sus categorías religiosas la mediación asumida por el educador, e igualmente el misterio y la interioridad de la persona, la obra de salvación que Dios realiza a través de nosotros, la preocupación debida al más pobre...
- El tercer estrato, explícitamente cristiano, recoge los anteriores y los interpreta desde la historia de la salvación que nos presenta la Biblia y a la luz del misterio pascual de Cristo. A este estrato pertenecen gran parte del vocabulario, las expresiones, los símbolos e imágenes que componen

el modo de expresar nuestro carisma por parte de los que lo hemos vivido hasta ahora.

En el primer estrato nos podemos encontrar y reconocer gran parte de los educadores. Ese es el primer nivel de transmisión y comunicación del carisma. El segundo favorecerá el diálogo en medios culturales multirreligiosos y ayudará a las personas de otras religiones a sintonizar con el carisma y sentirse herederos del mismo. El tercero nos permitirá a los cristianos reconocer y apreciar la riqueza que hemos recibido con nuestra fe.

9. Un seno para engendrar: la comunidad

Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando (Is 43,19)

Lo nuevo resuena en el mensaje del Segundo Isaías como una característica permanente de su anuncio y como algo que está ya formando parte del presente, “ya está brotando” (43,19), o está a punto de suceder, “mi salvación no tardará” (46,13), que se impone sobre lo ya pasado y lo supera (43,18). La novedad se expresa de una forma exultante bajo la figura de la fecundidad, que viene ahora por obra del Señor a Jerusalén, la que era como una mujer estéril: “Canta de alegría, estéril, tú que no dabas a luz; rompe a cantar de júbilo ... porque serán más los hijos de la abandonada que los hijos de la casada, dice el Señor” (Is 54,1). Y la nueva situación de fecundidad será tal que la obligará a ensanchar el espacio de su morada (54,2) y a olvidar su época de esterilidad: “Olvidarás la vergüenza de tu soltería, dejarás de recordar el oprobio de tu viudez” (54,4).

El pozo y el agua

Un vientre estéril que redescubre la fecundidad. La vida consagrada tiene en su interior una capacidad generadora de vida, de la que, a menudo, los Institutos religiosos no son plenamente conscientes. El pozo que debería proveer del agua vivificante se ha ido obturando, merced a las estructuras, los ritos, las prácticas que, en principio, se habían instalado con la buena intención de facilitar el acceso o la circulación del agua, pero luego han quedado justificados por sí mismos, convirtiéndose en impedimentos para alcanzar su finalidad o, al menos, en sus sucedáneos. De lo que hablamos es de la *comunidad fraterna*.

“Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que *la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas*, creando un nuevo tipo de solidaridad” (VC 41). La “forma de vida común” es justamente ese pozo que tiene como finalidad el ser un dinamismo de vida y un signo de comunión

fraterna, pero puede también transformarse en un vientre estéril y esterilizante que, además de ocultar o reprimir la vida que la justifica, impide a sus habitantes que sean profetas del amor fraterno más allá de los muros de la comunidad.

También aquí la novedad anunciada en el Segundo Isaías pasa por una *refundación*, en doble sentido:

- en reafirmar la comunión fraterna como centro de nuestra forma de vida, como *espacio teologal* en el que podemos experimentar la promesa del Señor resucitado: “Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20); y desde esa finalidad relativizamos todas y cada una de las estructuras que contribuyen a dar forma a nuestra vida comunitaria;
- en convertir nuestra comunidad en medio de comunicación con los laicos, en especial con aquellos con los que compartimos la misión; que sea lugar de encuentro, centro privilegiado para la transmisión del carisma, para compartir la experiencia de la comunión, la vivencia de la espiritualidad, la inmersión en la misión.

La comunidad ha sido para la vida consagrada el seno materno en el que sus miembros han recibido al Espíritu, este los ha unido en la comunión de la vida fraterna y los ha guiado en el cumplimiento de su misión de servicio a la Iglesia y a la humanidad entera (cf. VC 42), siguiendo el carisma concedido. Al menos, así ha sido mientras la comunidad no se ha dejado atrapar y sofocar por prácticas rutinarias que se imponían sobre la calidad y profundidad de las relaciones interpersonales.

La comunidad será también el seno materno en el que los laicos podrán nacer a la vida que les aporta el carisma fundacional, que pasa por los múltiples lazos que es capaz de desarrollar el dinamismo comunitario, a través de los sencillos encuentros informales y las variadas celebraciones de los acontecimientos diarios, los momentos de reflexión y formación ocasionales o programados, los tiempos de oración, la participación en la misión... Al principio se necesitará buscar la oportunidad para la invitación, después

la participación se hará cada vez más frecuente desde la libertad personal; según los casos o el tipo de vida consagrada, podrá llegar la adscripción u asociación del laico a la comunidad. Pero también podrá formarse otra comunidad que agrupe a los laicos ya iniciados en el carisma, que establecerán su propia dinámica comunitaria. Entre ambas comunidades, religiosa y laical, entre todas las que se vayan formando, deberá buscarse una fuerte relación de fraternidad, alejada de paternalismos.

Todo ello traerá consigo la necesidad de muchos cambios para las personas consagradas, cambios en la forma de vivir su vida religiosa, su vida comunitaria, cambios que habrá que discernir y que no tienen por qué afectar a lo sustancial de su consagración.

Pistas para la reflexión personal y comunitaria

1. Como en el capítulo anterior, al comienzo de cada apartado hay una breve recensión, en este caso del Segundo Isaías, en lo que se refiere al tema concreto del apartado. Proponemos hacer una lectura “de seguido” de estas recensiones, comenzando por la que inicia el capítulo, y dialogar a partir de ellas: ¿qué nos sugieren, qué signos encontramos para poder interpretar el momento que estamos viviendo, para poder reconocer nuestra historia actual como *historia de salvación*?
2. ¿Qué caminos necesitamos hacer desde nuestra vida consagrada para salir al encuentro y establecer una relación positiva de cooperación entre creyentes, laicos y religiosos? ¿Qué montes hemos de desmontar y qué valles habrá que elevar? ¿Identificamos las zonas almidonadas que es preciso flexibilizar? Para nosotros, ¿en qué puede consistir el *arte del despojamiento*?
3. En el texto se habla de un cambio de paradigma en las relaciones eclesiales, y por ello, en la mediación que nos toca ejercer en la transmisión del carisma. ¿Cuáles nos parecen los rasgos más esenciales, a cuáles estamos menos habituados, quizá por la formación que hemos tenido?

4. ¿Necesitamos *refundarnos* en el carisma? ¿En qué aspectos nos parece más urgente la refundación?
5. La apertura de nuestro carisma a los laicos y el consiguiente encuentro y relación más cercana con ellos, ¿ha supuesto especial dificultad para la comunidad religiosa? Y esta, ¿ha sabido abrirse y renunciar a la inmunidad?
6. Al intentar compartir o transmitir nuestro carisma a los laicos, ¿qué nos resulta más difícil comunicar? Y en la presentación de la figura de nuestro fundador o fundadora, ¿acertamos a transmitir la experiencia carismática, más allá de las anécdotas biográficas?
7. *Una actitud vocacional*: eso es lo que pretendemos suscitar al presentar nuestro carisma a otras personas. ¿En qué ha de manifestarse? ¿En qué hemos de apoyarnos para que la presentación del carisma suscite más la búsqueda que la simple continuidad de las obras heredadas?
8. *Procesos de cambio*: ¿Está la vida consagrada implicada en ese cambio que lleva consigo el compartir los carismas fundacionales? ¿Y nuestro Instituto?
 - *El camino se materializa gracias a las decisiones que se sitúan donde está la vida*: Aparte de lo que esté escrito en nuestros documentos, ¿qué procesos están teniendo lugar en el entorno de nuestras comunidades, que favorecen una nueva forma de vivir la comunión para la misión entre laicos y personas consagradas?
 - *Invertir en relación, en acompañamiento y formación, y en animación compartida para la misión*: ¿cómo se están efectuando estos tres procesos en nuestra institución? ¿Pensamos que la inversión se está haciendo a fondo y con planificación?
9. ¿Tenemos experiencia de compartir nuestro carisma, en algunos niveles, con personas de otras creencias, o con no-creyentes? ¿En qué estratos de este carisma nos parece más fácil sintonizar?
10. ¿En qué medida y en qué modo concreto, nuestra comunidad está siendo lugar de encuentro y medio de comunicación con los laicos, centro para la transmisión del carisma...?

TERCERA PARTE.

UNA NUEVA FAMILIA
QUE ACOGE A LA VIDA CONSAGRADA

Nuestro filtro de lectura: EL TERCER ISAÍAS (Is 56-66)

El Tercer Isaías (Is 56-66) realiza su actividad profética en el tiempo inmediatamente posterior al Exilio. Su gran objetivo es la formación de un pueblo o comunidad que renueva su alianza con Dios, pero una alianza que también es nueva en muchos aspectos. Es una situación radicalmente diferente de la que vivieron antiguamente; y es un grupo heterogéneo en el que se integran muchos extranjeros, nuevos residentes que han de ser reconocidos y aceptados por los anteriores como miembros de pleno derecho, y que también han de identificarse con la alianza que da vida y cohesión al pueblo (cf. Is 59,21; 66,21).

Es una nueva época, difícil, porque todo está por construir. Traen consigo viejas costumbres y prácticas que han de modificar o renunciar a ellas. Se dejan llevar por la decepción y el desánimo, desconfían de los recién llegados y los desprecian; los recursos son escasos, y las estructuras inservibles.

El profeta no oculta la realidad. La describe, la denuncia (58,1) y convoca al pueblo a asumir su responsabilidad, a confiar en la fidelidad de Dios y su poder creador, a acompañar el culto con la justicia, a vivir la solidaridad y el cuidado de los oprimidos y empobrecidos. Entonces, “serás como un huerto regado, como un manantial inagotable; reconstruirás viejas ruinas, edificarás sobre los antiguos cimientos; te llamarán «reparador de brechas» y «restaurador de viviendas en ruinas»” (58,11-12).

En esa fragilidad tan palpable, ahí es donde el profeta proclama su mensaje de esperanza y hace ver una realidad que escapa a los ojos de la mayoría: una nueva Jerusalén en la que, con sus habitantes de antiguo, son acogidos como miembros de pleno derecho muchos extranjeros “que deciden unirse y servir al Señor, que se entregan a su amor y a su servicio, ... y son fieles a mi alianza” (56,6). Es el poder del Señor el que va a realizar la comunión de muchos pueblos en la nueva ciudad de Dios. Con esos sentimientos el profeta escribe el bello poema que ocupa todo el capítulo 60: “Levántate y brilla, Jerusalén, que llega tu luz. ... Alza la vista y mira a tu alrededor: todos se reúnen y vienen a ti”.

El profeta no actúa por propia iniciativa. Toda esa labor de reunir, convocar, animar, concienciar... está impulsada por el Espíritu del Señor, quien lo ha llamado, ungido y enviado. La proclamación de la vocación del profeta ocupa un puesto central en esta tercera parte del libro de Isaías. Para los primeros cristianos es un texto que refleja, en síntesis, el programa de la misión de Jesús, y lo ponen en su boca (Lc 4,16ss), pues en Él adquiere el pleno cumplimiento:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres, ...” (Is 61,1).

1. Una nueva criatura: la Familia carismática

Edificarás sobre los antiguos cimientos (Is 58,12)

Es otra época la que anuncia desde el comienzo el profeta que está tras “el Tercer Isaías”. Es el paso del particularismo judío al universalismo de una alianza que no está determinada por unos lazos hereditarios sino por una decisión personal de servir al Señor y cumplir su voluntad. Solo con esa condición, los que habían sido excluidos tradicionalmente de la alianza, “los llevaré a mi monte santo, y haré que se alegren en mi casa de oración” (56,7).

Los nuevos no vienen de prestado, ni quedarán en un segundo nivel; pero tampoco son olvidados los que habían quedado dispersos, sino que todos se reúnen en un pueblo: “Oráculo del Señor, que reúne a los dispersos de Israel y reunirá otros a los ya reunidos” (56,8). Es una “refundación”: “Edificarás sobre los antiguos cimientos” (Is 58,12). Y la garantía de su autenticidad será el Espíritu que el Señor le da: “El Espíritu que te he infundido y las palabras que te he confiado” (59,21).

1.1. Cambio de protagonismo

En esta tercera parte el primer actor ya no es la vida consagrada o un Instituto religioso en particular. Entra en juego una nueva criatura: *la Familia carismática*, que, según la define Francisco, “comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático”¹. Y mientras esta crece y madura se efectúa una interacción y un cambio de protagonismo entre la vida consagrada que se esfuerza por integrarse en la Familia carismática, y esta que acoge a aquella,

¹ FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados en ocasión del Año de la Vida consagrada*, 21-11-2014, III.1.

sin diluirla, enriqueciéndose al mismo tiempo con los dones y signos proféticos que la vida consagrada aporta a la vida cristiana.

El universalismo expresado en el Tercer Isaías ha sido impulsado por el Concilio Vaticano II a través de la Iglesia-Comunión. Cada Familia carismática intenta encarnarlo desde su carisma fundacional. En ella, convocados por el carisma, se dan cita los diversos estados o formas de vida cristiana, y se experimentan como “modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio” (ChL 55.3).

En este pequeño ecosistema donde se conjugan la igual dignidad, la común vocación a la santidad, la diversidad y la complementariedad, el Instituto religioso tiene que situarse y dar los pasos para que el protagonismo sea de toda la Familia carismática; y su propia aportación, lejos de inhibir a los demás miembros de la Familia, los estimule para que hagan también su aportación con la mayor creatividad y buscando la complementariedad de todos.

De la paternidad a la fraternidad

Hay un primer momento en el alumbramiento de una Familia carismática que tiene, ciertamente, algo de paterno-materno. El Instituto religioso ha sido visto en esta función tradicionalmente. Tal vez sea más adecuado comparar la intervención del Instituto en esos primeros momentos generativos con la de una comadrona, que vela para procurar las mejores condiciones para el parto, sabiendo que la generación se debe a la acción del Espíritu en su esposa, la Iglesia.

El Instituto no da “su carisma”, sino que comparte con otros creyentes el carisma común recibido del Espíritu Santo. Por ello, la actitud que debe dominar en sus relaciones con los demás miembros de la Familia carismática es la fraterna: todos son hermanos y hermanas en el mismo carisma, en la misma Familia. Y esa actitud se revela en el esfuerzo y la estrategia para

que los laicos asuman su propia responsabilidad y tomen en sus manos la iniciativa en el modo de vivir el carisma y la misión.

Conviene que hagamos aquí una clarificación, que es al mismo tiempo una opción de perspectiva global, pues de ella dependerá el sistema de relaciones y estructuras de corresponsabilidad que se irán definiendo a medida que se desarrolla la Familia carismática. La entrada de un laico en la Familia carismática no es equivalente ni depende de su agregación, en alguna modalidad, al Instituto religioso que está en el origen de la Familia en cuestión. El Instituto sigue estando compuesto, sola y exclusivamente, por las personas consagradas que en él profesan, según la modalidad que tenga reconocida canónicamente.

El dinamismo generador que está en la base de la Familia carismática no produce el movimiento de los laicos hacia el Instituto, sino el de este y de los laicos hacia la Familia carismática. La pertenencia se da, pues, con respecto a la Familia; y los posibles grados de pertenencia se establecen con respecto a ella, no al Instituto. Y es esa integración del Instituto en la Familia, juntamente con los laicos que comparten el mismo carisma fundacional, la que exigirá al Instituto que modifique sus propias estructuras de animación y gobierno (Capítulos, Consejos...) en la medida en que lo requieran las nuevas estructuras que agrupan a laicos y consagrados en el discernimiento del carisma o en la corresponsabilidad de la misión. Todo ello siempre en el respeto a la especificidad y la disciplina interna del propio Instituto².

Con la fraternidad, también la experiencia

La actitud fraterna ha de combinarse con la del experto. Por eso el Instituto religioso ofrece su experiencia, avalada por su propia historia, del carisma, de la espiritualidad, del servicio a la misión. Las personas consagradas que acompañan o participan en la formación de los laicos lo hacen, no porque sus votos les den autoridad, sino porque han llegado a ser expertos.

² Cf. VC 56.

Lógicamente, a medida que los laicos entran a participar a fondo de la vida de la Familia carismática y se enraízan en la espiritualidad que le es propia y se comprometen en la visión y adquieren la cultura que ha producido este relato... de entre ellos y ellas surgen también expertos que pueden animar la formación y ser acompañantes, no sólo de otros laicos, sino también de los religiosos y religiosas.

Este será el momento en que la Familia carismática alcanza la madurez, cuando el carisma está siendo compartido fraternalmente desde diferentes identidades y proyectos de vida, las diferencias son valoradas positivamente sin que rompan la fraternidad, y cada vocación en la Familia aporta a todos los demás un signo que desvela la riqueza del carisma.

Una criatura nueva que busca sus cimientos y construye sobre ellos

A diferencia del Instituto religioso que, aunque solo sea por requerimiento canónico, se mantiene nítido en sus fronteras y estricto en los criterios de pertenencia por la profesión religiosa, la Familia carismática tiende a adoptar criterios de pertenencia más inclusivos, basados fundamentalmente en la sintonía con el carisma fundacional. Sobre este cimiento construye su casa: busca integrar los Institutos de vida consagrada y otros grupos y asociaciones laicales nacidos del mismo carisma.

La Familia asume otra tarea que está aún pendiente en no pocos casos: la de identificar los grandes ríos de los que venimos y de los que nuestros fundadores/as inmediatos son deudores, así como los ríos que se han derivado del nuestro. Utilizo aquí el símil del río, aplicado a los carismas fundacionales, en contraposición a los pozos que se esconden en las propiedades valladas. A menudo se ha cortado la comunicación con el gran río del que se ha nacido, y recíprocamente. Llega el tiempo de recuperar los lazos perdidos y revitalizarse mutuamente. Las posibilidades de expansión de la Familia carismática están apenas entrevistas.

1.2. Familia Carismática y Familia Eclesial

Son dos criaturas de la Iglesia-Comunión, con una relación de proximidad muy fuerte, de tal forma que se pueden confundir la una con la otra, incluso en el nombre, cuyo uso es aún vacilante³.

“Familia Eclesial” se considera oficialmente como una Nueva Forma de Vida Consagrada⁴. Pero muchas de las características con que se define son aplicables perfectamente a la otra realidad que es objeto de nuestra reflexión en este cuaderno, la Familia carismática. Véase, por ejemplo, el concepto de “familia eclesial”, según se define en las Actas del V Encuentro de las Nuevas Formas de Vida Consagrada (2019): “Por *familia eclesial* entendemos la asociación de varios estados de vida enriquecidos por un único carisma”. “La familia eclesial es una concreción carismática de la eclesiología de comunión. Se ha verificado un paso desde la comunión entre los estados de vida en la Iglesia, a la comunión entre los estados de vida en un carisma”⁵.

“Consagración carismática” es el término que parece consensuarse entre las Familias Eclesiales para designar, de manera incluyente, los vínculos que unen a los miembros de una Familia Eclesial, aunque cada uno la realice en la especificidad propia de su estado de vida: sacerdotes, religiosos, casados⁶. Tampoco esta es una diferencia esencial respecto de las Familias carismáticas, en las que es habitual encontrar algún tipo de vínculos con carácter de consagración, ofrenda o alianza, que podrían englobarse perfectamente en aquel término.

Sin pasar a analizar y comparar otros muchos elementos que podemos encontrar en ambos tipos de Familias, fijémonos ahora en la diferencia principal y veamos si sus consecuencias son significativamente diferenciadoras.

3 Cf. Actas del V Encuentro de las Nuevas Formas de Vida Consagrada (2019), nn. 22-23. En L. GROSSO GARCÍA (ed.), *Vocación y carisma. La vivencia de las Familias Eclesiales*, Madrid 2021, p. 277.

4 Son ya varias las que han obtenido el reconocimiento canónico a nivel pontificio. De las nacidas en España: La Obra de la Iglesia (1997), la Fraternidad misionera Verbum Dei (2000), el Instituto Id de Cristo Redentor, misioneras y misioneros identes (2009).

5 Actas del V Encuentro de las Nuevas Formas de Vida Consagrada, nn. 10-11.

6 Id. nn. 24-32.

Está claro que, tanto en una como en otra, el carisma es la piedra fundante y el eje direccional de todo el desarrollo y crecimiento de la Familia, así como el aglutinante entre los diversos estados de vida que se dan cita en ella. En la Familia carismática el carisma fundacional es preexistente al ecosistema eclesial impulsado por el Concilio Vaticano II, y es refundándose en este ecosistema Iglesia-Comunión como da origen a la Familia carismática. Al contrario, en la Familia Eclesial el carisma fundacional ha nacido en este ecosistema, y es el propio fundador o fundadora quien pone en marcha el proceso de compartir el carisma entre los diversos estados de vida.

En el primer caso, será necesaria una conversión de las personas e instituciones que vienen de atrás, de otra forma de vivir el carisma “en exclusiva”, normalmente desde la vida religiosa, y ha de haber un cambio significativo de estructuras que hagan posible la comunión y la vivencia del carisma en la comunión. El proceso puede ser largo y tiene el riesgo de que los obstáculos de la tradición mantengan a los recién llegados en meros colaboradores.

En el segundo caso, todo puede ser más fácil porque, aparentemente, se comienza de cero, sin vicios adquiridos, y la comunión fraterna puede instalarse con naturalidad. Sin embargo, la experiencia nos advierte de que “los vicios antiguos” se filtran subrepticamente en la nueva estructura si no se está atento a detectarlos y combatirlos antes de que se hagan “con derecho de residencia”. Así pasa con el clericalismo, “uno de los peores males que hoy tiene la Iglesia”, en palabras del papa Francisco, y del que no resulta excepcional encontrar sus manifestaciones en algunas relaciones internas de las Familias Eclesiales.

Tanto la medicina, para unos, como el antídoto, para otros, estaba sugerido en la exhortación apostólica *Vita consecrata*, de Juan Pablo II, al hablar de las *Nuevas formas de vida evangélica*: “Los antiguos Institutos, ... pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en este tiempo nuestro” (VC 62). Lo aplicamos aquí al fruto de los viejos y nuevos carismas en el contexto de la Iglesia-Comunión. Las dos criaturas nacidas no deben desconocerse mutuamente, sino muy al contrario, entablar un diálogo del que ambas serán muy beneficiadas. El ambiente sinodal que estamos viviendo en la Iglesia nos empuja también en la misma dirección.

2. Los nuevos portadores del carisma

El Espíritu del Señor está sobre mí (Is 61,1)

En el centro de su mensaje, y como queriendo dar fuerza y justificación a todo lo que anuncia, el Tercer Isaías coloca esta afirmación sobre su propia vocación, en la que la iniciativa es toda de Dios: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido” (61,1a). Y a continuación presenta su misión, atribuyéndola directamente a quien le ha enviado: “Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres...” (61,1b); no se presenta a sí mismo ni se atribuye la iniciativa; pero al mismo tiempo asume con seriedad toda la responsabilidad de su misión.

Los primeros cristianos leen estas palabras y ven que se cumplen de manera paradigmática en Jesús, por eso el evangelista San Lucas las pone en su boca, en la lectura que Jesús hace ante sus vecinos de Nazaret, para añadir luego: “Hoy se cumple ante vosotros esta profecía” (Lc 4,21).

“Hoy se cumple ante vosotros...”

La afirmación de Jesús en Nazaret tras leer este pasaje de Isaías toma actualidad en cada Familia carismática con cada nuevo miembro que a ella se incorpora; pero no de una forma automática, sino como un desafío utópico que siempre está más allá de toda realización humana. Porque no es el acto de un día, sino la vocación para un modo de vida. Y no es la reacción ilusionada ante una promesa de felicidad, sino la conciencia de ser convocado, reunido, consagrado y enviado por el Espíritu, en la forma de vida laical o religiosa.

Quien llegue atraído por el carisma de una Familia carismática, lo que ha de encontrar como oferta para unirse a ella es un camino cuyo programa pueda resumirse en las palabras del profeta: *El Espíritu del Señor está sobre mí ... Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres, para curar ... y anunciar la liberación* Y la condición que se le pone para ser aceptado

es su compromiso personal y solidario con toda la Familia, de hacer verificables, cada día un poco más, estas palabras: *Hoy se cumple ante vosotros...*

Es, por tanto, una actitud profética, y no una dócil colaboración, lo que se exhibe en el dintel de entrada de una Familia carismática que aspire a que su carisma se mantenga vivo. La invitación a hacerse responsable del don o carisma que se le confía es inseparable de la acogida fraterna que ha de encontrar quien desea formar parte de la Familia. Esa responsabilidad es inherente a la vocación con que uno se siente pertenecer a un carisma. Tomamos prestadas aquí las palabras de Luigino Bruni: “Hay un misterio de soledad en el corazón de la profecía bíblica y en toda vocación a un carisma. La vocación profética no es en primer lugar una llamada a una vida personal feliz, sino un envío para llevar a cabo una tarea de liberación y de felicidad para otros”⁷.

La invención laical del carisma

Los laicos que se identifican con un carisma que viene de ser vivido solo por religiosos o religiosas, han de descubrir o inventar el modo laical de vivirlo. En diálogo con los religiosos, pero la iniciativa y creatividad principal ha de ser de los laicos. No tienen que inventarse “otro carisma”, sino su expresión, su modo de vivirlo, que en muchas cosas será similar al de la vida religiosa, pero en otras muchas ha de cambiar. Los nuevos portadores del carisma habrán de hacer su aportación para una reformulación discernida por todos. Si este carisma es capaz de inspirar en las nuevas generaciones y en formas de vida que no coinciden con las tradicionales, una respuesta significativa a las necesidades que se viven en la época actual, es que el Espíritu sigue presente en él, lo mantiene vivo y dinámico⁸.

La búsqueda de una expresión nueva puede venir después de estar viviendo el carisma, identificado con él; después de sentirse poseído por el carisma.

7 L. BRUNI, *o.c.*, p. 84.

8 D. O'MURCHU, *Rehacer la vida religiosa. Una mirada abierta al futuro*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2001, p. 28.

El encuentro no es intelectual, no es resultado de conocer o saber cosas del carisma. Es la experiencia interior de sentirse revelado, o desvelado, por el carisma: como que ha puesto en evidencia lo que teníamos dentro y no conocíamos del todo.

La sintonía con el carisma no equivale a la acomodación a algo externo; se refiere más bien al descubrimiento e identificación de la propia imagen, reconocida en el carisma, por lo que uno llega a decir: *esta es mi identidad*. A partir de ese momento, uno se da cuenta que muchas de las palabras o simbología con que le han presentado el carisma chocan con lo que está viviendo, o son zapatos o prendas que no corresponden a su estilo: entonces trata de buscar otras expresiones desde la cultura, el ambiente y las mediaciones en que se conforma su vida, que revelen mejor lo que experimenta muy dentro de sí.

La Familia comienza una etapa fecunda cuando se produce *la eclosión laical del carisma*, cuando los laicos no se limitan a copiar una herencia, sino que son capaces de enriquecerla con su propia originalidad y creatividad. Los beneficiados no son solo los laicos, sino también la vida consagrada si sabe estar atenta a las aportaciones de aquellos. La aportación laical, al tiempo que es discernida, ayudará a revisar críticamente las expresiones culturales heredadas de tiempos pasados en la vida religiosa, a relegar las que se han quedado desfasadas o inapropiadas para la actualidad, a asumir otras nuevas y, sobre todo, a identificar mejor lo que es esencial y en lo que pueden coincidir la vida laical con la vida consagrada.

“Porque el Señor me ha ungido”

Sentirse *ungido* o *consagrado* por el Señor es consecuencia de saberse tocado por el Espíritu, o *poseído* por el carisma. Y la manera de reconocer esa consagración es entrar en comunión con los demás poseídos por el carisma. En la historia de la vida religiosa, la entrada en comunidad y la aceptación correspondiente por parte de esta ha sido la forma de reconocerse y ser reconocido como *consagrado*, antes que cualquiera de los ritos que, con el tiempo, fueron estableciéndose para hacer notar y celebrar la consagración.

De modo similar, los laicos que han sido agraciados por el carisma lo manifiestan integrándose en la Familia carismática, en sus dinamismos y estructuras de comunión. La consagración bautismal encuentra aquí un camino de maduración, de perfección en el amor según el propio estado de vida.

Podrá haber modos rituales, gestos de alianza, expresiones en forma de promesas o votos, para los laicos que se sientan llamados a expresar así su consagración en la Familia carismática. Pero ninguno de esos gestos consagra, como tampoco los ritos o votos religiosos consagran a los que los hacen⁹. Son signos que anuncian públicamente lo que ya se está viviendo con la integración en la Familia, en la comunión y en la misión.

Cada gesto equivale, en cierta forma, a la afirmación que Jesús hace ante los vecinos de Nazaret después de leer el texto de Isaías que él está ya encarnando: “Hoy se cumple ante vosotros esta profecía”. Esa proclamación no le hace a Jesús más ni menos consagrado, ni más ni menos enviado. Pero sí es una llamada de atención con la que anuncia públicamente su consagración, su envío y su compromiso con el anuncio del Reino a los más pobres, y ese es el signo que provoca el asombro, la extrañeza y la reacción de oposición en unos o la decisión de unirse al camino señalado por Jesús, en otros.

⁹ “La consagración precede a los votos, los abarca y los supera existencialmente”. CIVCS-VA, *Identidad y misión del religioso hermano en la Iglesia*. Roma 2015, 18.

3. La vuelta a las periferias, fuente de vida

... *Para dar la buena nueva a los pobres...* (Is 61,1b)

La vocación que el profeta proclama en el centro de su mensaje, y por la que atribuye toda la iniciativa a Dios, es inseparable de la misión que da sentido y justifica esa misma vocación. La misión es llamativamente selectiva: sus destinatarios directos no son todos en general, pero tampoco lo son los más religiosos o los más fieles, sino los más débiles del pueblo, los que más sufren, los últimos: “Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres, para curar los corazones desgarrados, y anunciar la liberación a los cautivos, a los prisioneros la libertad” (61,1b).

Este anuncio selectivo no es novedad en el contexto de su mensaje, coincide con la propuesta que hace al pueblo en nombre de Dios y con la que le conmina a revisar su religiosidad: “Si repartes tu pan con el hambriento y satisfaces al desfallecido, entonces surgirá tu luz en las tinieblas y tu oscuridad se volverá mediodía” (58,10). La atención a los últimos se convierte en fuente de luz. En sintonía con los dos profetas que le han precedido -el Primero y el Segundo Isaías-, el Tercero tampoco deja lugar a dudas sobre lo que Dios espera de su pueblo, lo que le satisface, lo que causa su gloria: “... que albergues a los pobres sin techo, que proporciones vestido al desnudo y que no te desentiendas de tus semejantes. Entonces brillará tu luz como la aurora y tus heridas sanarán en seguida, tu recto proceder caminará ante ti y te seguirá la gloria del Señor” (68,7-8).

Fuente de luz y de sentido

Es, por lo menos, chocante, que estemos refiriéndonos a “las periferias” como fuente de luz y de sentido. El papa Francisco recurre frecuentemente a este término para expresar el desafío permanente que se le plantea a la vida consagrada para no quedarse replegada en sí misma, para encontrar la justificación de su propia existencia. Pero lo utiliza también para proponer-

lo a la Iglesia en su conjunto, porque *la opción por los pobres* es de toda ella. “Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos” (*Evangelii gaudium* 198). Esa opción no tiene alternativa, y Francisco lo subraya con fuerza en *Fratelli tutti* tomando como referencia la parábola del buen samaritano: “Nos revela una característica esencial del ser humano, tantas veces olvidada: hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor. No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad” (FT 68).

Periferia se asocia con lo alejado, lo inseguro, los márgenes, las fronteras, las zonas empobrecidas, los deshechos de la sociedad. Y aún más allá, rompiendo los límites de la periferia están los descartados, los excluidos, los sobrantes, los que no cuentan ni pertenecen a la sociedad y hay que ocultarlos a toda costa (cf. EG 53).

Cristo, nacido en la periferia, se identifica con ellos: «Tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25, 35s), “y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo” (EG 197). Ellos son fuente de evangelización. El contacto con ellos empequeñece nuestros problemas internos, nos revela el valor de lo sencillo, nos muestra el Cristo sufriente en la variedad y profundidad de los dolores humanos, nos confronta con nuestra identidad cristiana en cuanto mediadores del amor y de la salvación del que se proclama Dios de los pobres. “El amor nos pone finalmente en tensión hacia la comunión universal. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose. Por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua. Jesús nos decía: «Todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8)” (FT 95).

Del encuentro de nuestros fundadores con las periferias nacieron gran parte de los Institutos. Y cada vez que estos se alejaron de aquellas perdieron su razón de ser, se encerraron en sus propios problemas y en una supuesta espiritualidad hecha de ritos y de formas vacías y desencarnadas, dejaron de ser signos para la Iglesia y se hicieron inútiles. El carisma queda desprovisto de su fuerza de atracción hacia la realidad hiriente de la humanidad

y se convierte en ideología a la que se acude para justificar y enmascarar la placidez institucional.

La Familia carismática lo asume como parte esencial de su proyecto identitario, siguiendo el impulso de su carisma: la vuelta a las periferias, reconociéndolas como fuente de luz, de vida y de sentido, y no simplemente con una actitud asistencialista. “Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una *atención* puesta en el otro «considerándolo como uno consigo»” (EG 199).

“El verdadero amor siempre es contemplativo” (id.). Es esa atención contemplativa la que nos permite descubrir al pobre en todo su valor, “en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe” (id.), y se hace revelación para nosotros. Por eso, la preocupación primera no será correr en una actividad frenética para solucionar las necesidades que nos urgen. “Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino” (EG 46). Los signos que debemos dar son los que conducen a entender la vida como *tiempo de encuentro*: “Con sus gestos, el buen samaritano reflejó que la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro” (FT 66).

Como siempre, lo más fácil será mantener las estructuras asistenciales heredadas de la institución religiosa, y tal vez en muchos casos será lo más eficaz. Pero habrá que poner en primer término la *atención contemplativa* que nos libra de caer en el asistencialismo, nos despierta a la sintonía con el pobre, nos descubre su misterio, nos pone en actitud de discernimiento y estimula nuestra creatividad para buscar nuevas respuestas: “Os pido que busquéis comunitariamente nuevos caminos para acoger esta renovada propuesta” (EG 201). Es la solidaridad que encarna el buen samaritano: “La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común” (FT 67).

La Familia carismática tiene que distinguirse más por la búsqueda comunitaria de nuevos caminos que por su capacidad de mantener en pie obras de dudosa significatividad evangélica en la actualidad. Seguramente la contribución de los laicos puede poner el acento en la mayor fluidez de estructuras, que haga posible la salida hacia los que son menos visibles en las zonas periféricas de la sociedad; y en los pequeños signos de la vida diaria y de las relaciones de proximidad con las personas concretas. Por su parte, los miembros de la vida consagrada tienen que ser *memoria* para toda la Familia, de que la periferia los espera a todos, y mostrarlo con su disponibilidad para acudir y estar en las situaciones y lugares a los que otros no pueden ir. Y todo ello sabiendo que ni unos ni otros tienen la exclusiva en ninguna de las funciones.

4. El reto de innovar la comunión

Traerán de todos los pueblos ... a todos vuestros hermanos
(Is 66,20)

El pueblo nuevo que anuncia el profeta, en la corriente universalista que él mismo propugna interpretando el querer de Dios, da como resultado un grupo heterogéneo. La convivencia no ha de ser fácil. Por eso anima a no estar mirando atrás: “lo pasado no se recordará, ni se volverá a pensar en ello” (65,17), y a construir para un futuro que Dios mismo garantiza: “Construirán casas y vivirán en ellas, plantarán viñas y comerán su fruto; ... mis elegidos disfrutará de la obra de sus manos” (65,21-22).

Recupera imágenes del Primer Isaías para representar la buena convivencia entre gente tan distinta: “Pacerán juntos el lobo y el cordero, el león comerá paja como el buey” (65,25). Y sin miedo a la diversidad, saldrán a buscar los nuevos llamados: “Pondré en medio de ellos una señal y mandaré algunos de sus supervivientes a las naciones ... y a los pueblos lejanos que nunca oyeron hablar de mí ni han visto mi gloria. ... Y traerán de todos los pueblos, como ofrenda al Señor, a todos vuestros hermanos” (66,19-20). Y todos esos extranjeros serán plenamente incluidos en el pueblo, de tal manera que cualquiera de los privilegios que parecían más reservados a una élite castiza del pueblo, están ahora a disposición de los recién llegados: “Y también de entre ellos me escogeré sacerdotes y levitas -dice el Señor-” (66,21).

4.1. Dinamismo de comunión

Cada Familia carismática está llamada a convertirse en un poderoso agente de comunión en la Iglesia y en la sociedad. Pero este compromiso implica un reto: desarrollar un dinamismo que cree lazos entre la variedad de sus componentes y produzca cauces de encuentro hacia el exterior de la Fami-

lia, con otras Familias, con otros grupos eclesiales y sociales, en beneficio de la misión que tiene encomendada.

El reto es *innovar* la comunión: la respuesta necesita creatividad, porque no se pueden aplicar los estándares de épocas pasadas a la sociedad “líquida” que predomina en este siglo XXI. No vale imitar la estructuración y la pertenencia regularizada que ha caracterizado las comunidades e instituciones religiosas para dar forma al dinamismo de comunión que la Familia carismática necesita impulsar.

Aunque parezca contradictorio con lo dicho tenemos que afirmar: es necesaria la comunidad. Sin lugar a duda, la Familia carismática debe tomar la comunidad como centro impulsor y organizador de todo su proceso de comunión. Y es ahí, en la constitución y planteamiento de la comunidad, donde se sitúa especialmente el reto al que aludimos de innovar la comunión.

Conviene que tengamos en cuenta algunos criterios para abordar el reto de modo adecuado¹⁰:

- En primer lugar, separemos estos dos conceptos: “comunidad” y “vida en común”. El segundo es una forma de concretar el primero, y ha caracterizado especialmente la vida religiosa, pero con notables diferencias entre las diversas Órdenes e instituciones religiosas. Comunidad no significa necesariamente “vida en común”, y esta no siempre implica aquella. De hecho, las comunidades cristianas que Lucas nos dibuja utópicamente en los Hechos de los Apóstoles no son comunidades de vida en común, bajo el mismo techo, sino grupos de creyentes que, unidos por la fe (Hch 2,42), desarrollan lazos de fraternidad y comunión; el acento está puesto en que “pensaban y sentían lo mismo”, o que “tenían un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Esto es la comunión.
- El sujeto en estas comunidades no se limita al “nosotros”. Se ha de cultivar el arte de combinar y equilibrar el “yo” con el “nosotros”, la autonomía personal con la solidaridad comunitaria, la capacidad de discernimiento

10 Ver artículo de L. BRUNI: *La era de la comunidad infinita*. <https://www.avvenire.it/opinioni/pagine/luigino-bruni-logica-carismatica-1>.

y decisión individual con la integración que hace posible un proyecto común. Sin estas dos fuerzas presentes y dialogantes en la comunidad, una de dos: o se disgrega y se rompe, por el puro personalismo de sus miembros, o se convierte en un grupo gregario que anula las diferencias y la riqueza personal e impide madurar los procesos vocacionales de las personas.

- Hemos de imaginar unas comunidades donde se presta más atención a la apertura y acogida del que llega de fuera que a la protección y defensa del que está dentro. Comunidades más preocupadas por tender puentes que por alzar muros. El esfuerzo de imaginación tendrá que ser mayor en aquellas comunidades religiosas que han prolongado una manera preconiliar de vivir “hacia dentro”, en un *fuga mundi* que protegía a sus miembros en clausura frente a los peligros del mundo circundante.
- Han de ser comunidades donde los estímulos para cumplir o avanzar en los proyectos y propuestas en la comunión, la misión o la espiritualidad, no se buscan tanto en las obligaciones y compromisos contraídos, sino en el deseo de superarse para lograr nuevas metas, en los desafíos que el presente les plantea para avanzar hacia el mañana, en las necesidades de la misión que el carisma les propone y, sobre todo, en la conciencia renovada de una vocación con la que el Espíritu les elige, les reúne con estos hermanos y hermanas y les hace responsables de la misión confiada.

4.2. Comunidades intencionales

Comunidad intencional es el tipo de comunidad que la Familia carismática aspira a desarrollar entre sus miembros. Cuando queremos poner de manifiesto la importancia del compromiso o la intensidad de los lazos con que los miembros de la comunidad se unen a ella, y la fuerte influencia que la comunidad y su carisma tienen en los diversos aspectos de la vida de sus miembros, entonces decimos que es una *comunidad intencional*. Y con ello dejamos implícito que no se limita a ser un grupo de oración o de reflexión o de compromiso social, sino que asume todos esos aspectos y otros muchos, integrados en la *comunión de la vida para la misión*.

Para que una comunidad sea intencional es necesario que sus miembros asuman la *intención*¹¹ de construir la comunidad, siguiendo la inspiración del carisma en torno a estos tres ejes: *comunión, fe y misión*. Esa intención no equivale a la aportación benévola para una causa externa, sino al *compromiso vocacional* de la persona: la persona se realiza vocacionalmente por su implicación intencional en la comunidad.

Sin esa intención la comunidad pierde su razón de ser. Podrá ser un equipo de trabajo o un ámbito de reflexión o entretenimiento, o de sostén afectivo, o una estructura para resolver las necesidades vitales básicas de sus miembros. Pero una comunidad solo será *carismática*, es decir, animada por un carisma, si este carisma está presente y actuante en sus miembros, lo cual se revela en la *intención* con la que estos se unen para lograr los fines de la comunidad.

Una comunidad con la intención de vivir la fraternidad

Se trata de asumir un *dinamismo comunitario* que, primero, crea lazos entre las personas y, a continuación y simultáneamente, se estructura en diversas formas de comunidad, según las opciones vocacionales, los procesos personales, las identidades... y según las invitaciones que el Espíritu nos va proponiendo en la Iglesia-Comunión. La fraternidad se proyecta en una solidaridad firme y afectuosa, como profecía para una sociedad de existencia líquida donde se vive como “multitud de individuos” o “multitud solitaria”.

La comunidad-fraternidad es un don que ha de celebrarse, cultivarse y transmitirse; un don que recibimos agradecidos, un don que compartimos como tarea para construir con las personas concretas que formamos la comunidad, y un don que entregamos en la misión. Se nos da como semilla, nos queda la tarea de hacerla germinar, crecer y madurar, lo cual consiste en un proceso de *comunión para la misión*; es el ejercicio de crear lazos de

11 El diccionario de la RAE define *Intención* como “Determinación de la voluntad en orden a un fin”.

fraternidad, cada vez más fuertes y profundos, más allá de la simpatía y de los beneficios inmediatos.

La preocupación de los miembros de una comunidad será la de fortalecer día a día los lazos de comunión. Las estructuras comunitarias han de servir para concretar esos lazos. Y se vuelven inútiles o perniciosas cuando tienden a dificultarlos o remplazarlos. La riqueza y vitalidad de una comunidad no la mediremos por la cantidad o complejidad de sus estructuras comunitarias, sino por la intensidad y calidad de los lazos de comunión que unen a sus miembros.

Una comunidad con la intención de escuchar a Dios: comunidad de fe

Una comunidad cimentada en la fe como *intención* hacia Dios. No se trata solo de una referencia religiosa lejana, sino de una dinámica interior que mueve la intención de la comunidad para buscar a Dios, para dejarse animar por su Espíritu. No es fe de conocimientos, sino de una relación con alguien vivo.

Comunidad de fe, siempre con la intención de mirar más allá de lo aparente y lo inmediato. Su actitud es la de re-leer la historia de cada día a la luz de la fe. Se ve a sí misma como mediadora de la acción y del amor de Dios, y con esa visión se discierne a sí misma.

Por ser comunidad de fe es *comunidad de obediencia*, en el sentido más original de su etimología: “ob-audire” (*escuchar intensamente*). Asume el compromiso de escuchar intensamente la palabra y los signos de Dios. Es la obediencia entendida como dimensión evangélica, propia de todo creyente, no como voto religioso: es el compromiso de buscar juntos la voluntad de Dios, de estar atentos y a la escucha de las llamadas de Dios. Esta *obediencia* crea comunión y une las voluntades de todos al servicio de la misión común.

Una comunidad con la intención de servir a la misión

La actitud creyente de obediencia permite que la comunidad viva deseando hacer la obra de Dios. La comunidad recibe su misión como un gran don de Dios que tiene que descubrir día a día. Cree en el plan salvador de Dios y se siente llamada a colaborar en ese plan.

El carisma establece estrecha afinidad entre la misión y la comunidad: la comunidad se deja interrogar por la misión, se ve a sí misma en función de la misión, desarrolla toda su creatividad para servir mejor a la misión. La misión es motivación de vida para la comunidad.

Y con esta actitud la comunidad intenta dar respuesta, una respuesta eficaz, a las interpelaciones que ha captado en los destinatarios de su misión. Su respuesta la va concretando a través de un proyecto en el que se cuenta con las aportaciones de todos los miembros de la comunidad.

La comunidad descubre así su “lugar de misión”: en él ha de “revelar” a Dios y “desvelarlo”. Cada uno desde su propia vivencia del misterio cristiano; no “aparte de” o “a pesar de” sus otras obligaciones como esposo/a, padre o madre, o miembro de una institución religiosa, sino desde ellas e, incluso, apoyándose en la riqueza que le aportan.

La comunidad se convierte en *memoria provocativa* del Dios que salva desde el interior de la humanidad, del Dios que se encarna en las realidades humanas más necesitadas.

Cada miembro de la comunidad *se solidariza* con la misión de la comunidad y se siente *responsable* de ella, en cuanto a asegurar su continuidad y lograr sus objetivos. Las formas de solidaridad pueden variar mucho según las posibilidades de las personas y, en una misma persona, según las edades o situaciones: unas podrán manifestarla por su participación directa en las diversas actividades que desarrollan el proyecto de la comunidad; otras, como es el caso de enfermos y ancianos, por su oración de apoyo a la acción de los demás; todas, por su apertura y atención a las necesidades de los destina-

tarios, la búsqueda conjunta de respuestas, el análisis y crítica de los planes que ya están en marcha...

Así pues, la implicación en la misión no viene definida solo por “lo que se hace”, sino por *la solidaridad e identificación*, expresadas de una u otra forma, con el ministerio encomendado a la comunidad. Lo importante es fomentar la conciencia de que, en la comunidad realizamos la misión *solidariamente*, y esto se refiere sobre todo a la concepción del proyecto, a su discernimiento y evaluación en comunidad, más que a la forma de llevar a cabo las tareas concretas.

4.3. La participación en la Familia carismática

El sujeto comunitario “NOSOTROS” de la Familia carismática es, por principio, *plural*, no uniforme. Admite diversas formas de participación, con determinadas condiciones que se convierten en reto, pues dan lugar a una tensión que debe ser enriquecedora, pero puede ser desequilibrante cuando los lazos de integración no están bien definidos o no se adaptan a la realidad vocacional del sujeto y su situación vital.

¿*Qué se incluye en ese “NOSOTROS”*? Una pluralidad de individuos con distintas pertenencias y que participan en diversos grupos (sociales, religiosos, deportivos, políticos, de compromiso social...): unos han optado por el celibato; otros por el matrimonio. Para unos su vida (y agenda) está marcada por los ejercicios y prácticas comunitarias; para otros, por participaciones muy variadas, familiares, sociales...

¿*Cómo se construye este “NOSOTROS”*? ¿Cómo se conjugan o integran las individualidades que lo componen para dar lugar al sujeto comunitario? No es el simple resultado de una suma de sujetos individuales, sino el fruto de una relación en la que se van conjugando el sentimiento de que *nos pertenecemos*, la experiencia de la mutua *solidaridad* desde la comunión en un *espíritu común*, y la *corresponsabilidad* respecto a un *proyecto común* de misión.

La comunidad es el lugar por excelencia para la edificación del sujeto que compone la Familia carismática, tanto del individual como del comunitario. Los lazos de pertenencia o participación con los que cada uno decide unirse a la comunidad determinarán la fuerza y consistencia del “Nosotros”. Podrá ser un *lazo de pertenencia profunda*, si la persona asume el proyecto comunitario como prioritario y lo convierte en lugar de discernimiento de las opciones personales. Y será un *lazo de participación selectiva* si la persona se adhiere solo parcialmente al proyecto comunitario y participa ocasionalmente en las prácticas comunitarias.

Los lazos de pertenencia profunda proporcionan cohesión al núcleo interno comunitario. En ese núcleo es la persona entera la que se compromete; se da una interdependencia mutua, la solidaridad va más allá del provecho inmediato. El carisma fundacional necesita de esta comunidad nuclear para poder transmitirse.

Pero también, la existencia de un círculo de miembros que participan selectivamente proporciona a la comunidad otras visiones, la abre a otras preocupaciones y otros horizontes, la ayuda a no encerrarse en sí misma¹².

12 Puede verse la ampliación de este apartado en Botana, A., *Volver al mundo a la misión que nos convoca*. Colección Frontera-Hegian, 101, pp. 81-84.

5. Un proyecto de espiritualidad para el mundo

Sobre tus murallas, Jerusalén, emplazo centinelas; ni de día ni de noche callarán (Is 62,6)

En todo el libro de Isaías hay una fuerte reivindicación de una espiritualidad que no quede reducida a mero ritualismo, sino que salga del interior, que se acompañe de la justicia, que busque los caminos del Señor y escuche su palabra. El Tercer Isaías refuerza esta llamada profética en forma de denuncia, desafío y promesa. Es necesario que el pueblo que se está formando se asiente en una relación con Dios que no lo desentiende, sino que lo religa a la relación con su prójimo y, especialmente, a los más necesitados. “Habitó en un lugar alto y sagrado, pero también estoy con el contrito y humilde” (57,15). “El ayuno que yo quiero es este: que abras las prisiones injustas, que desates las correas del yugo, que dejes libres a los oprimidos, que acabes con todas las tiranías, que compartas tu pan con el hambriento, ...” (58,6-7).

Algunos tienen el encargo especial de ser memoria para el pueblo, de mantenerlo pendiente de las promesas de Dios: “Sobre tus murallas, Jerusalén, emplazo centinelas; ni de día ni de noche callarán” (62,6). El recuerdo central, el que ha de ser fundamento de la religión que el pueblo debe practicar, es el amor que el Señor le tiene: “Voy a recordar el amor del Señor y a cantar sus alabanzas: Todo lo que el Señor ha hecho por nosotros ...” (63,7). Y a pesar de la denuncia que el profeta hace de las infidelidades del pueblo, el acento va sobre la misericordia de Dios; será una relación filial y confiada: “Tú, Señor, eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla, y tú el alfarero, somos todos obra de tus manos” (64,7).

Ventana abierta a la espiritualidad

Las Familias carismáticas nacen en la Iglesia-Comunión con un proyecto de espiritualidad para los propios componentes, pero con la ambición de ser

recordatorio para los demás creyentes y también un signo para el mundo: *centinelas sobre las murallas*, según la expresión de Isaías (62,6). Asumen el desafío que viene de un mundo que se cierra a la trascendencia y que al mismo tiempo tiene una necesidad angustiada de sentido, de plenitud, de salvación.

Las Familias carismáticas afrontan el reto, que es urgencia, de elaborar una espiritualidad “para el mundo”, tanto para laicos como para religiosos: una espiritualidad capaz de hacernos sentir que somos parte de este mundo creado y amado por Dios, redimido por Jesús, renovado y santificado por el Espíritu; una espiritualidad capaz de hacer ver este mundo y la humanidad que lo habita, como la mediación por la que Dios se nos revela día a día y en la que Él quiere instaurar su Reino sirviéndose de nosotros como instrumentos.

Cada Familia carismática quiere ser, para este mundo, una ventana abierta a la espiritualidad. Ventana abierta, no pantalla; es decir, lo que muestra ha de ser creíble, porque no es una simple proyección de imágenes virtuales, sino una referencia de lo que se está experimentando en la vida, en las relaciones, en la entrega.

Lo que en otro tiempo fue responsabilidad asumida por la vida religiosa, de encontrar las palabras y los símbolos con los cuales damos significado a nuestra relación con el mundo y con Dios, hoy es la Familia carismática quien ha de ejercerla de forma compartida entre todos sus miembros. Pero son los laicos los más urgidos a encontrar, desde su experiencia de la realidad cotidiana en las estructuras sociales más comunes, las formas culturales y lingüísticas que sean inteligibles para el mundo contemporáneo, y muestren una espiritualidad que es esencialmente relacional, búsqueda de un Dios que nos ama y sale a nuestro encuentro, y no tanto un conjunto de normas, ritos y prácticas.

Una espiritualidad para la misión

Lo que impide que una Familia carismática se reduzca a una organización de servicios asistenciales es, justamente, el carisma fundacional, que proporciona a las personas que la integran un horizonte que va mucho más allá de lo que es la satisfacción de las necesidades humanas básicas.

La vida religiosa ha sido históricamente muy apreciada por los servicios asistenciales que ha prestado a la sociedad, con los que se respondía a numerosas necesidades de la persona humana, y en especial de los pequeños y más abandonados. Enseñar al ignorante, curar al enfermo, cobijar al que está sin techo, ... son losas con las que ha ido haciendo *caminos de humanidad*. Pero la vida religiosa no ha sido sólo “instaladora de losas”.

Los carismas fundacionales han ayudado a las personas consagradas a poner su mirada en el horizonte; y con esa tensión en la mirada se convertían en *ingenieros de caminos*. Su preocupación última no estaba en la lección que enseñaban, o la herida que curaban, o la soledad que acompañaban, sino en que cada una de las personas que atendían llegara a su plenitud, descubriera y saboreara su dignidad de persona humana, sintiera dentro la fuerza y la vitalidad del amor de Dios y se hiciera intermediaria de este para la humanidad. Esta es la espiritualidad de la misión. La persona se descubre a sí misma como mediadora del amor de Dios.

Es este dinamismo de la mirada, proporcionado por el carisma fundacional, el que la vida religiosa ha de compartir con toda la Familia carismática. Su función es proporcionar signos proféticos que señalen los caminos de humanidad y apunten a la dignidad de la persona como hijo de Dios.

6. El futuro de las Familias carismáticas

Todos se reúnen y vienen a ti (Is 60,4)

La culminación del Tercer Isaías ofrece la visión de un nuevo pueblo que desborda los límites del antiguo Israel y forma una gran comunidad donde los extranjeros podrán integrarse sin ser discriminados. El Señor es quien reúne y congrega, y guía con su espíritu a todos los que han respondido a su llamada: “Yo inspiraré sus obras y pensamientos, vendré a congrega a pueblos y naciones” (66,18). La peregrinación de que se hablaba al comienzo del libro (2,2-5) vuelve aquí como imagen para reforzar la meta en que se ha convertido el pueblo con el que Dios rehace su alianza, y esta quedará garantizada por el Espíritu que el Señor ha infundido a los que ahora están, y continuará con sus descendientes: “Esta es la alianza que yo haré con ellos, dice el Señor: El Espíritu que te he infundido y las palabras que te he confiado estarán siempre en tus labios y en los de tus descendientes, desde ahora y por siempre -dice el Señor-.” (59,21).

6.1. “Abrazar el futuro con esperanza”

Era el tercer objetivo propuesto por el papa Francisco para el Año de la vida consagrada, 2015¹³. Una esperanza, añadía Francisco, “que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro”. ¿Una gran historia? Para quienes siguen mirando a la vida religiosa o al propio Instituto de forma autorreferencial, al estilo de la Iglesia preconiliar, esa “gran historia” no puede ser otra que la repetición de los tiempos gloriosos del pasado, de las grandes instituciones religiosas realizando en solitario grandes obras apostólicas.

13 Carta de FRANCISCO *A todos los consagrados* con ocasión del año de la Vida Consagrada (21-noviembre-2014), I.3.

Pero no se trata de hacer una nueva edición del pasado. El futuro hacia el cual, en palabras de Francisco, “nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros”, se sitúa en un contexto: el de la Iglesia-Comunión. Y es en este ecosistema que ha recuperado el suelo común, donde la misión es única y compartida, y ha reunido el tesoro común que incluye los carismas fundacionales, ahí es donde estamos llamados a “seguir escribiendo una gran historia”, ya no con la vida religiosa en solitario, sino al lado de otros muchos creyentes que participan en los mismos carismas desde diferentes estados de vida.

La Familia carismática ofrece un contenido real a esa “gran historia” que escribimos ya mientras hacemos camino en su construcción. Y es en el camino donde nos planteamos la pregunta por el futuro. No esperemos la respuesta de un adivino. Construyamos el relato de nuestra propia experiencia colectiva, contrastada y discernida, y fijemos los ojos en el horizonte que se va dibujando según avanzamos.

No nos engañemos al intentar poner números a la Familia carismática. La advertencia de Francisco nos vale también aquí: “No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas”. Ese futuro tiene que ver con la capacidad de entusiasmar, de comunicar vida, de construir Iglesia, de servir a la misión. Tiene que ver con la capacidad de constituirse en testimonio de fraternidad, de “comunión para la misión”. Tiene que ver con la capacidad de manifestar la belleza del evangelio, pero también la belleza del propio carisma, y de hacerse rostro atractivo de la Iglesia.

El futuro será obra del Espíritu Santo. Y no sabemos cuáles son sus planes, con los que Él siempre nos sorprende. Pero sí sabemos que El no hará nada “a pesar” nuestro, sino contando con nuestra disponibilidad, o mejor, con nuestra fidelidad creativa. Por eso, en lo que a nosotros respecta y sin poner en entredicho ni querer adivinar los planes del Espíritu, bien podemos asegurar que el futuro lo estamos preparando en el presente. Y es a través de lo que vemos y ocurre en el presente como podemos llegar a predecir, hasta cierto punto, cómo será el futuro. “Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela”, nos decía Francisco en la carta citada.

6.2. Hijas de la Iglesia-Comunión

La llamada de la sinodalidad que hoy resuena apremiante en la Iglesia es un signo más de que algo está cambiando, que la imagen de la pirámide está dejando paso al círculo, ya de forma irreversible. En ese movimiento de refundación eclesial y recuperación de sus cimientos de alianza se sitúa el desarrollo de las Familias carismáticas. Son lugares de experimentación de la Iglesia-Comunión. Cada una de ellas ha de ser un reflejo de esta, y pone su acento en las relaciones entre los diversos miembros que forman la Familia. Son relaciones fraternas y complementarias que se sostienen sobre una actitud, o mejor, sobre una “decisión a fondo” que orienta radicalmente la vida. Lo diremos también con palabras del papa Francisco, cuando nos invita en *Evangelii gaudium* a situarnos en la misión como “*esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás*” (EG 273).

Cada uno de los miembros de la Familia lleva esta convicción en su corazón: “Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (EG 273). Recíprocamente, puede decir también de corazón a cada uno de los otros con los que comparte la misión, consagrados y laicos: *Tú eres misión*.

En esa reciprocidad y complementariedad se tejen los lazos que concretan y expresan la decisión de “ser con” y “ser para”. Descubrimos lo que somos “juntos”, el tesoro común sobre el que asentamos nuestra identidad cristiana; y lo que somos y significamos “el uno para el otro”, con los dones y diferencias que nos permiten enriquecernos mutuamente para servir mejor a la misión común.

El centro en esta relación es el carisma fundacional, vivido desde diferentes formas de vida cristiana. Y su finalidad es servir a la misión que señala el carisma, de modo corresponsable, con capacidad creativa para inventar nuevas obras y no simplemente para prolongar las heredadas del pasado.

Una sencilla imagen puede ayudarnos *a ver* la esencia de la Familia carismática, constituida en icono de la Iglesia-Comunión: es la *casa común* de cuantos han sido *vocacionados*, poseídos por el carisma fundacional. La casa, lugar de convivencia, de comunión, de apoyo mutuo, de soñar juntos un mundo mejor y convertir ese sueño en proyectos comunes, un lugar para

celebrar juntos la presencia de Jesús y presentarse juntos como sus testigos. Es *casa* y también *escuela de comunión*, asumiendo el reto que Juan Pablo II presentaba a la Iglesia para el nuevo milenio (*Novo millenio ineunte*, 43), porque es lugar donde se experimenta, se aprende, se comparte un modo de ser y se lo transmite a las nuevas generaciones.

Esta *casa común* no coincide con el Instituto religioso, que, supuestamente, ha flexibilizado o “elastificado” sus márgenes para dar lugar en su interior a la participación de laicos. Y tampoco es equivalente a una *corona circular* en torno al Instituto religioso: como un espacio aparte en el que se sitúan los laicos que llegan a participar en el carisma, y donde se mantiene la dependencia de estos respecto a los religiosos y la separación de la vida religiosa respecto a la vida laical. Ambos esquemas son claramente *autorreferenciales* y tratan de prolongar un pasado que ya no se corresponde con la Iglesia-Comunión.

Se trata de la *casa común* en la que conviven y se integran el o los Institutos de religiosos y religiosas y los grupos de laicos. Es una casa nueva, todavía en construcción. Los tabiques se van haciendo y rehaciendo a medida que avanza la relación entre sus habitantes, comparten la misión, aprenden a discernir juntos, hacen proyectos comunes. Se van definiendo las salas comunes y las que son propias de unos y de otros. No se borran identidades ni diferencias, pero se evidencia todo lo que les une y se complementan unos con otros para impulsar juntos la misión que se ha encomendado a *su casa*.

6.3. La animación corresponsable de la Familia

Nos referimos ahora a la coherencia con cuanto hemos afirmado sobre la participación en el carisma, el hacerse corresponsables de la misión, el vivir la comunión desde la solidaridad y la complementariedad. La Familia carismática no puede aceptar la dependencia de un grupo respecto a otros, de los laicos respecto a los religiosos, o de las mujeres respecto a los hombres. La animación de la Familia en todo aquello que es común ha de ser corresponsable, y para ello el ejercicio de animación necesitará estructuras que permitan la participación de los diversos grupos que la componen.

Es habitual, y se comprende, que las Familias carismáticas que tienen su origen en un Instituto religioso comiencen su andadura sirviéndose de las estructuras que son propias de este, y que están sometidas a la normativa canónica: Capítulos generales y provinciales, Consejos... Se invita a los laicos a participar en esas estructuras, en todo o en parte, pero no pueden hacerlo en igualdad de voz y voto con los representantes religiosos. Llega un momento en que hay que optar por situarse en lo nuevo para crear lo que lo nuevo necesita.

Recurramos a la terminología utilizada por Jesús: hay que crear *odres nuevos* para el *nuevo vino*; y al mismo tiempo, es preciso modificar los *odres viejos*, para que dejen el espacio que necesitan los *odres nuevos*.

Aclaremos primero esta terminología que nos viene del evangelio, en este contexto:

- *Odres viejos* son las estructuras que corresponden a la institución religiosa. En sí mismo no es un concepto peyorativo. Se trata de los odres que han permitido a un vino hacerse maduro. Se ha hecho un buen vino gracias a esos odres.
- *Odres nuevos* son las estructuras que facilitan una nueva relación de religiosos y laicos en la participación del carisma y de la misión. Son odres para un vino nuevo, de un tiempo nuevo, de una Iglesia-Comunión. Con la expresión "*vino nuevo*" nos referimos a los laicos que llegan a participar en los carismas fundacionales de una forma nueva, pero también a la relación que se crea entre laicos y religiosos en esta nueva situación.

Necesitamos *odres nuevos* que permitan la maduración del nuevo vino. La nueva situación necesita organizarse con los parámetros propios de la Iglesia-Comunión.

Creación de odres nuevos

Se trata del desarrollo de estructuras (colegiales y personales) de discernimiento, coordinación, decisión, en las que puedan intervenir laicos y religiosos, en igualdad de condiciones. El tipo de estructuras dependerá del tipo de misión, de la extensión y complejidad de las obras...; pero se han de tener en cuenta todos los niveles y planos de la misión.

Al poner en marcha las nuevas estructuras con los nuevos incorporados a la misión, no se trata de hacer un duplicado de las que el Instituto tiene para su funcionamiento. Valoremos y potenciemos la capacidad de los laicos de ver la realidad con ojos nuevos, de discernir las llamadas del carisma y las invitaciones del Espíritu con una nueva sensibilidad. Por eso, la organización de los nuevos odres ha de facilitar el encuentro interpersonal, la escucha mutua, el discernimiento compartido.

La misma observación cabe hacer en lo que respecta a la autoridad de estas estructuras en el interior de la Familia carismática. No es una autoridad “sobre” la Familia, sino desde dentro de la Familia. No se plantea en términos jurídicos, sino de comunión en el carisma. De la misma forma que la relación en el interior de la Familia carismática no se plantea en términos jurídicos sino de comunión en el carisma para la misión.

Por eso la autoridad de estas estructuras no tiene por qué crear conflicto con las propias del Instituto religioso. No es del mismo tipo. La autoridad, por ejemplo, de la asamblea general de una Familia carismática, o de la asamblea de una zona equivalente a la provincia religiosa, no es equivalente ni reemplaza a la del capítulo general o provincial del Instituto o de los Institutos integrados en la Familia en cuestión. Dichas asambleas, formadas por los representantes de los grupos e instituciones que integran la Familia, han de cumplir las funciones de comunión en el carisma fundacional, son foros para compartir las experiencias y para discernir las llamadas y respuestas que el carisma suscita en la misión.

Su autoridad les viene de su capacidad de iluminar y orientar los caminos a seguir por la Familia carismática. Es, pues, una autoridad moral, como luz que se impone por sí misma cuando ayuda a ver el camino, y ha de integrar

para ello estas dos cualidades, como líneas de fuerza que han de mover cada asamblea: *fidelidad y creatividad*. Así se puede calificar de *autoridad profética*. El discernimiento que proporcionen ha de ser luego llevado a la práctica en los órganos decisorios que corresponden a dichos grupos e instituciones.

Lo que acabamos de decir no se opone -al contrario, lo reclama- a que las nuevas estructuras asuman funciones que hasta ahora eran solo del Instituto religioso y pasan a ser comunes a toda la Familia. Lo vemos a continuación.

Adaptación de los odres viejos

Los nuevos odres no funcionarán si no cuentan con el espacio adecuado, es decir, si el campo de atribuciones que se les atribuyen sigue ocupado por los odres viejos. Será necesario adaptar las estructuras de discernimiento, coordinación y decisión que son propias del Instituto religioso (Capítulos, consejos, equipos de animación...), y que, hasta el comienzo de la misión compartida se encargaban de gestionar todo lo relativo a la misión: aun reservándose las decisiones finales en todo lo que corresponde al patrimonio del Instituto, han de ceder o delegar en las nuevas estructuras de misión compartida las funciones que estas asumen.

En el momento, pues, en que comienza a tomar forma la Familia carismática y, con ella, los nuevos odres para su animación y coordinación, empieza también el proceso de *emigración de muebles*, entiéndase, de los temas que eran objeto de discernimiento y decisión en los organismos de animación y gobierno propios de un Instituto que camina en solitario, hacia los organismos de una Familia carismática que *contiene* al Instituto. No se trata de un traspaso indiscriminado, sino de todo aquello que pasa a ser compartido, respecto de la misión, la formación, la lectura y discernimiento de los desafíos que llegan de la sociedad y de la Iglesia, y de las respuestas que pueden darse, en complementariedad, desde la Familia entera.

Pero hay un segundo elemento de adaptación que ha de producirse en las estructuras propias del Instituto, como consecuencia de la existencia del vino nuevo y mirando al propio interés del Instituto y de la vida religiosa de

sus miembros: y es que, incluso cuando se trate de temas que afectan a esta última, necesitan contar con la aportación de quienes ya están viviendo el mismo carisma fundacional desde otras formas de vida cristiana. Ya no se les llama para que se sientan parte de esta Familia, sino *porque son* parte de ella, se les pide su aportación como expertos en el carisma.¹⁴

6.4. Una Familia carismática capaz de regenerar la vida consagrada en su interior

Comenzábamos esta reflexión refiriéndonos a la capacidad de la vida consagrada de engendrar una nueva vida, cuando el Espíritu está vivo en su interior. De esa disposición y capacidad generadora han nacido muchas Familias carismáticas. Ahora es el momento de encontrar la reciprocidad: una Familia que se deja vivificar por el carisma fundacional será capaz también de regenerar la vida consagrada en su interior. ¿En la forma en que estaba, o en una *nueva forma de vida consagrada*? No hay una respuesta *a priori*, pues serán las vocaciones que el Espíritu suscite las que se pronuncien por una forma u otra, siempre en diálogo con el conjunto de la Familia, y de esta con la Iglesia y sus representantes jerárquicos.

La vida consagrada es memoria viva del Espíritu en la Familia carismática: memoria inconformista, provocativa, “peligrosa” (J. B. Metz), que trae a la conciencia las acciones de Dios, sus dones y sus llamadas, y se mantiene en apertura activa a las invitaciones del Espíritu (cf VC 33). Cada carisma fundacional tiende a suscitar la vida consagrada como impulsora de la fuerza profética contenida en aquel. La vida consagrada aviva en la Familia la sensibilidad ante las necesidades humanas y las urgencias del Reino de Dios, la hace atenta a las llamadas de Dios y de la Iglesia. Al menos, esa es su función, aunque no le corresponda en exclusiva.

Se preocupa, pues, de hacer presente en la Familia carismática la raíz que la sustenta, el Misterio a quien debe remitirse, el Plan de Dios del que ella es

14 Otras sugerencias sobre las estructuras que facilitarán la comunión y animación de la Familia carismática pueden encontrarse en Botana, A., *Compartir carisma y misión con los laicos*. Colección Frontera-Hegian, 62, cap. 5, en especial pp. 89-91.

instrumento. Por encima de una buena planificación-organización-eficacia, la vida consagrada debe aportar al proyecto de la Familia signos concretos de que el primer valor es Dios, el Evangelio, la fe (cf. VC 25). Tiene que comunicar el hábito de plantear continuamente el sentido profundo de la vida, el hábito de buscar a Dios y de descubrir su acción y sus signos en la historia, el hábito de vernos a nosotros mismos como instrumentos en su obra salvadora.

La Familia carismática no puede permitirse el descuido fatal de perder la vida consagrada en su interior. Podrá desaparecer una institución, podrán perderse muchas obras que con el tiempo se manifiestan inútiles o desfasadas. Pero será necesario que entre los que componen la Familia haya quienes se sientan llamados vocacionalmente a proclamar con su vida, como memoria que resuene en toda la Familia, el mensaje del Tercer Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres...” (61,1).

Pistas para la reflexión personal y comunitaria

1. Al igual que en los dos capítulos anteriores, al comienzo de cada apartado hay una breve recensión, en este caso del Tercer Isaías, en lo que se refiere al tema concreto del apartado. Proponemos hacer una lectura “de seguido” de estas recensiones, comenzando por la que inicia el capítulo, y dialogar a partir de ellas: ¿qué nos sugieren, qué signos encontramos para poder interpretar el momento que estamos viviendo, para poder reconocer nuestra historia actual como *historia de salvación*?
2. ¿Qué suscita en nosotros el título de esta tercera parte: “Una nueva Familia que acoge a la vida consagrada”? Ese cambio de protagonismo, ¿provoca malestar o aceptación positiva?
 - No es “el movimiento de los laicos hacia el Instituto, sino el de este y de los laicos hacia la Familia carismática”: ¿Qué tiene que ver esta afirmación con el modo de proceder entre nosotros?

3. *La invención laical del carisma*: ¿Cuál es el alcance de esta expresión en el caso de nuestro carisma fundacional? ¿Qué vemos necesario, y qué nos parece arriesgado?
 - “Sentirse consagrado”, “poseído por el carisma”, “entrar en comunión”: En el texto se ponen muy en relación estas tres expresiones. ¿En qué aspectos visibles o públicos ha de traducirse esa relación?
4. *Las periferias*: ¿Qué significado concreto tienen para nosotros? ¿Cuáles son las periferias que esperan nuestro contacto, nuestro auxilio, nuestra solidaridad? ¿Cómo forman parte de nuestra oración comunitaria, de nuestra formación, de nuestra contemplación, y cómo están incluidas en nuestra misión?
5. Partiendo de la realidad de nuestra comunidad, de las estructuras comunitarias en las que nos movemos, ¿qué cambios o innovaciones necesitamos incorporar para que nuestra comunión sea significativa para la Iglesia y la sociedad de hoy, y para que los nuevos poseídos por el carisma puedan participar en esta comunión?
 - ¿Cómo podemos explicar en nuestros propios términos que nuestra comunidad sea *intencional*, y que la comunidad convocada por un carisma ha de ser *intencional*, sin que tenga que ser también religiosa o consagrada?
 - ¿Qué habremos de tener en cuenta para lograr un equilibrio constructivo dentro de la comunidad, entre la autonomía personal y la solidaridad comunitaria, entre el reconocimiento del “yo” y la necesidad del sujeto plural “nosotros”?
6. ¿Qué elementos de nuestra manera de vivir y expresar la espiritualidad están favoreciendo su ocultación o impidiendo su comprensión a las personas que pueden sintonizar con nuestro carisma? ¿Cómo podemos actualizarla? ¿Qué aspectos de nuestra espiritualidad ayudan a captar mejor el sentido de la misión que realizamos?
7. ¿Qué datos, qué signos nos permiten poder afirmar que estamos ya *abrazando el futuro con esperanza*? ¿Qué factores inciden en que nuestra Familia carismática se vaya haciendo realidad, y cuáles están sirviendo de obstáculo? Y por parte de las personas consagradas, ¿hay una con-

ciencia y voluntad de construir la Familia desde una relación fraterna con los laicos y en una actitud de servicio?

- ¿Podemos describir el camino que vamos haciendo en la corresponsabilidad de los laicos con el personal religioso en la Familia carismática? ¿Qué odres nuevos se han creado, cómo facilitan esa corresponsabilidad, y cómo se han adaptado los odres viejos o estructuras del Instituto religioso para hacerlo posible?

BIBLIOGRAFÍA

ARDANZA MENDILIBAR, M^a Isabel, *Sabiduría Cristiana de la Reducción*. Colección Frontera-Hegian 106, Ed. Frontera, Vitoria-Gasteiz 2019.

ARNAIZ, José M^a., *Por un presente que tenga futuro. Vida consagrada hoy: más vida y más consagrada*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2003.

BOTANA, A., *Compartir carisma y misión con los laicos. La Familia evangélica como horizonte*. Colección Frontera-Hegian 62, Ed. Frontera, Vitoria-Gasteiz 2008.

Volver al mundo a la misión que nos convoca. Colección Frontera-Hegian 101, Ed. Frontera, Vitoria-Gasteiz 2018.

BRUNI, L., *La destrucción creadora. Cómo afrontar las crisis en las organizaciones motivadas por ideales*. Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2019.

CASTELLANO, J., *Replantear el carisma y los carismas de vida consagrada desde la misión compartida: forma de vida y de misión*. En *La misión compartida*. 31^a Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada. Publicaciones Claretianas. Madrid 2002, pp. 131-160.

CENCINI, A., *Abrazar el futuro con esperanza. El mañana de la vida consagrada*. Sal Terrae, Bilbao 2019.

CHITTISTER, J., *Tal como éramos. Una historia de cambio y renovación*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2006.

COZZA, R., *Ningún carisma basta por sí solo. El final de los espacios cerrados*, Paulinas, Madrid 2019.

ESTRADA, Juan A., *Religiosos en una sociedad secularizada. Por un cambio de modelo*. Trotta, Madrid 2008.

GROSSO GARCÍA, L. (ed.), *Vocación y carisma. La vivencia de las Familias Eclesiales*. Edice, Madrid 2021.

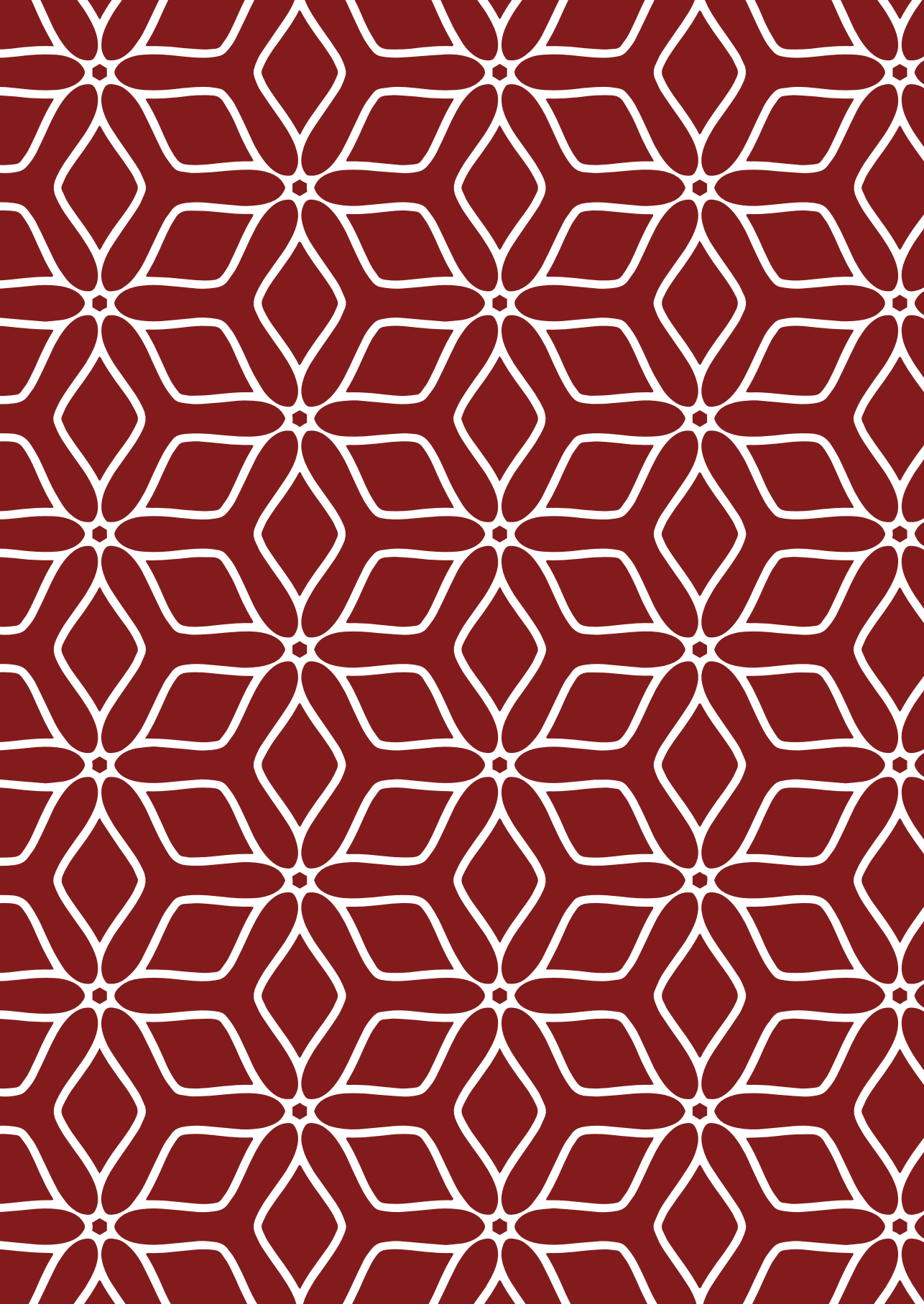
O'MURCHU, D., *Rehacer la vida religiosa. Una mirada abierta al futuro*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2001.

POTENTE, A., *Es vida y es religiosa. Una vida religiosa para todos*. Ed. Paulinas, Madrid 2018.

RUPNIK, M. - CAMPATELLI, M., *Veo una rama de almendro. Reflexiones sobre la vida consagrada*. Ed. San Pablo, Madrid 2015.

TEJERINA ARIAS, G., *Signum Communionis. El carisma de la vida consagrada en la comunidad eclesial*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2016.

WIRTZ, P. – GOROSTOLA, L., *¿Carismas con futuro más allá de las instituciones?* En *La misión compartida*. 31ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada. Publicaciones Claretianas. Madrid 2002, pp. 161-176.





Hermanos de las Escuelas Cristianas



lasalleorg

www.lasalle.org